

EL ASESINO VIAJERO

Clark Carrados

PUNTO
ROJO



SOLO MAYORES 18 AÑOS

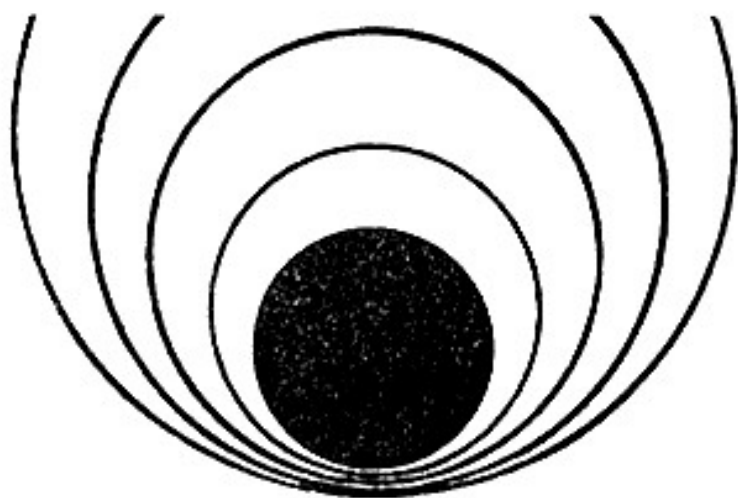
EL ASESINO VIAJERO

CLARK CARRADOS



Colección PUNTO ROJO n.º 952
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.697 — El gran engaño.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.561 — El dinero no tiene olor.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030 — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

946 — La diosa que lloraba sangre.

En Colección COLORADO:

1.069 — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 15.805 — 1980
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: julio, 1980

© Clark Carrados — 1980 texto
© Miguel García — 1980 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA» S. A.

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,660) Barcelona — 1980

CAPÍTULO PRIMERO

EL ladrón entró en la casa sin que ninguno de sus habitantes se diese cuenta de su presencia. Apenas se encontró en el interior, se dirigió a un rincón de la estancia a la que había llegado y se acercó a una consola, sobre la que se divisaba una arqueta de sándalo, de buenas dimensiones.

La estancia era un gran dormitorio, lujosamente decorado, con espejos en el techo, justamente sobre la cama. La mayor parte del suelo estaba cubierta por una espesa moqueta, imitación a piel de oso polar, que prestaba un cálido aspecto al lugar.

El ambiente respiraba lujo y dinero. Sin el menor escrúpulo, el ladrón levantó la tapa de la arqueta y, durante unos segundos, contempló su valioso contenido.

Había un par de collares de perlas, varias pulseras de diversas formas, pero en las que el oro y las piedras preciosas tenían la mayor parte, una diadema y varias sortijas de enorme valor. Sin embargo, la joya más atractiva de la colección era un medallón, del tamaño de una mano humana, una pesada obra de orfebrería, de diseño muy singular, y en cuyo centro se advertía una especie de burbuja de oro puro, rodeada de esmeraldas tan grandes como la uña del pulgar.

Había más piedras en el medallón, que podía llevarse suspendido por una gruesa cadena de oro, de no escaso valor. Zeke Dovan sonrió al contemplar la joya, cuyo valor no se atrevía siquiera a calcular.

Al cabo de unos segundos, sacó una bolsita de terciopelo y metió en ella el medallón. Vaciló un instante. Al fin, agarró una sortija y se la echó al bolsillo. En aquel preciso momento, se abrió una puertecita y una mujer irrumpió en el dormitorio.

Era bastante hermosa y, aunque claramente se advertían en su figura indudables síntomas de madurez, todavía poseía los suficientes encantos físicos para hacer volver la vista a los hombres. Más todavía, en aquella ocasión, en que su única vestimenta consistía en unas zapatillas de tacón alto.

Ella vio al hombre y se quedó parada en el acto.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Dovan saltó inmediatamente hacia la mujer y, mientras lo hacía, sacó una navaja, cuya punta apoyó en su cuello.

—¡Silencio! —ordenó—. Ni una sola voz o la mato.

Melissa Vaughan palideció, aunque, extrañamente conservaba un resto de serenidad.

—Si ha venido a robar, llévese lo que guste —dijo—. Sólo le pediré que respete una cosa...

—Ya, ya sé qué es lo que debería respetar —contestó Dovan—, Precisamente, lo que he venido a buscar. ¡Vuélvase!

Melissa obedeció en el acto. Dovan arrancó los cordones de una cortina y le ató las manos a la espalda. Luego buscó un trozo de tela y le tapó la boca. Al terminar, paseó su mano por la espalda femenina.

—Es usted muy hermosa —dijo—. En otro momento, me quedaría aquí... y le haría saber qué es un hombre de verdad. Pero ahora no puedo entretenerme.

Suavemente, empujó a Melissa hacia el enorme lecho y la hizo acostarse. Al terminar, sonrió, mientras retrocedía hacia la ventana.

—Podrá liberarse muy pronto, pero necesito algo de tiempo para desaparecer —se despidió.

* * *

Melissa Vaughan tenía una amiga muy íntima, Arabella van Dacker, a la que relató al día siguiente todo lo que había sucedido la víspera.

—Yo había regresado de la fiesta de los Shatterman y me metí en el baño inmediatamente —explicó—. Confieso que fui un poco imprudente..., pero es lo que suele ocurrir. Una no cree que vayan a robarla, hasta que se encuentra cara a cara con el ladrón...

—¿Fue mucho lo que se llevó, Melissa?

—Sí, y no... Bueno, no sé cómo explicarme... Como te dije, había vuelto de la fiesta, tenía mucho calor y... En fin, me fui directamente al baño. Las joyas quedaron en la arqueta que suelo guardar en la caja fuerte, pero no lo hice entonces, porque pensaba hacerlo más tarde. Y en ese intervalo, es cuando apareció el ladrón.

—¿Es eso lo que le has dicho a la policía? —preguntó Arabella.

—¡Por Dios! Ni se me ha ocurrido siquiera. —Melissa bajó la voz—. El ladrón se llevó el medallón de los Borgia.

Arabella saltó en su asiento.

—¡Melissa! Pero ¿cómo pudiste ser tan imprudente...?

—¿Acaso piensas que lo llevé a la fiesta? No, simplemente, lo tenía en la arqueta. De cuando en cuando, la sacaba para contemplarlo... Tú tampoco llevas puesto el *pendentif* de la última zarina, ¿verdad?

Arabella enrojeció.

—Claro que no. Sólo delante de mi marido... y cuando estamos los dos seguros de que nadie nos va a ver. Pero el robo del medallón

me parece particularmente grave. Tú conoces su leyenda, ¿verdad?

—Sí, aunque estimo que es una fantasía. Después de todo, han pasado cuatrocientos años y... Bien, Arabella, lo que quería decirte es que necesito encontrar alguien de confianza, que recupere el medallón. Debe actuar con absoluta discreción, lógicamente y, como comprenderás, estoy dispuesta a pagar una buena recompensa.

—En suma, un detective privado.

—Exactamente.

—Tengo a tu hombre —sonrió Arabella—. Se llama Frank Staynn y su nombre figura en la guía telefónica.

Melissa respingó.

—¡Arabella! ¿Estás de broma? ¿Cómo crees que voy a contratar al doctor Frankenstein...?

La señora Van Dacker se echó a reír.

—¡Por Dios, Melissa! La pronunciación es muy similar, pero se trata de dos palabras, el nombre y el apellido: Frank Staynn.

—Ah, siendo así...

—Llámalo, te lo recomiendo. Es caro, pero vale la pena.

Melissa entornó los ojos.

—Oye, ¿de qué conoces a ese tipo? —se extrañó.

—Una vez me sacó de un grave aprieto. Mi marido, tú lo sabes, es muy tolerante..., pero todo tiene unos límites y aquella vez me pasé. Staynn recobró las cartas y las fotografías. —Chantaje, ¿eh?

—Sí, pero no te daré más detalles, como puedes comprender.

—No me interesan —sonrió Melissa. De pronto, se puso seria—. Esto es mucho peor..., es un asunto de un millón de dólares... y puede costar la vida al ladrón.

—Lo sé, pero no le des más vueltas: llama a Frank Staynn.

* * *

En aquellos momentos, Frank Staynn, investigador privado, tenía los ojos en una atractiva morena, que parecía muy ocupada en leer una revista, de pie en el pasillo central del vagón. Staynn regresaba de visitar a un conocido y, para no desentonar con el ambiente en que vivía su amigo, se había vestido con una apariencia vulgar y ni siquiera había querido utilizar su automóvil.

La morena estaba muy interesada en la revista. Frente a ella, había un hombre gordo, de rostro congestionado, que resoplaba casi continuamente. De pronto, Staynn vio que la mano del gordo recorría el costado izquierdo de la chica.

Ella no pareció sentir el contacto físico. De pronto, Staynn vio la mano femenina que se introducía hábilmente en el interior de la

chaqueta del gordo.

La morena se le acercó más todavía, rozando el resollante pecho con sus senos. La cara del individuo se congestionó más todavía.

Una billetera cambió hábilmente de dueño. A los pocos momentos, el convoy subterráneo aminoró la marcha.

La morena plegó su revista y empezó a acercarse a la puerta. Staynn la siguió discretamente. Cuando ya llegaban a la calle, aprisionó su brazo con la mano derecha.

—Ven conmigo, Dedos Largos —dijo a media voz.

Ella se sobresaltó.

—Oiga, yo no he hecho nada...

—Te he visto birlarle la cartera al gordo. Tú te dejabas sobar y, mientras, le quitabas la billetera. Está ahí, entre las páginas de tu revista.

—De la bofia, ¿eh?

—Camina —ordenó Staynn.

—Ese tipo llevaba pasta encima. Le vi cuando fue al Banco. Puedo repartirlo con usted... Staynn no contestó. Se habían detenido ante un paso de peatones y, cuando se encendió la luz verde, volvió a empujar a la chica.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Mabel Jenkins. Oiga, yo a usted no le conozco...

—Sigue.

Mabel se impacientó.

—¿Quiere que grite y organice un escándalo aquí? Se armaría una buena...

—Y yo diría que me has robado la cartera. Luego se vería que no era la mía, pero tú acabarías entre rejas. ¿Te gusta la perspectiva?

Ella frunció el ceño.

—Me parece que usted no es... ¿Quién diablo es?

—Chica, modera tu lenguaje, por favor.

—¡Váyase al cuerno!

Los dedos de Staynn aumentaron su presión.

—Me hace daño —se quejó Mabel.

—No te preocupes, ya estamos llegando a casa.

Momentos después, pasaban a la otra acera. Recorrieron un pequeño trecho y se introdujeron en un lujoso edificio. El ascensor los transportó hasta uno de los últimos pisos.

Mabel silbó.

—No vives en una cabaña, precisamente.

—Está bien, es un apartamento corrientito —contestó él.

Al salir del ascensor, cruzaron oblicuamente el pasillo. Staynn

abrió una puerta.

—Entra.

Mabel cruzó el umbral. Sus ojos se dilataron al contemplar el espectáculo.

—¡Rayos, esto parece de «cinematógrafo»! —exclamó.

—Se dice cinematógrafo —corrigió él.

De pronto, un hombre apareció ante los recién llegados. Era alto, delgado, y vestía de una forma peculiar.

—Señor —dijo, sin mostrar la menor extrañeza por la acompañante de Staynn—, tengo una llamada importante para usted.

—¿Sí, Antonio?

—Es la señora Vaughan. Dice que desea hablarle con gran urgencia. A ser posible, la agradecería que el señor le fijase una hora para la entrevista.

—Ya la, llamaré yo más tarde —contestó Staynn—. Por cierto, Antonio, ésta es la señorita Jenkins. Mabel, te presento a Antonio, mi criado.

—Parece un muerto andante —dijo la chica desenfadadamente.

Antonio ignoró el comentario.

—¿Desea el señor que les sirva algo? —consultó.

—No, gracias, yo prepararé las bebidas. Puedes retirarte.

—Bien, señor.

Al quedarse solos, Staynn se volvió hacia la muchacha y movió la mano de un modo peculiar.

—Venga esa cartera —dijo.

Mabel suspiró y se la entregó. Staynn investigó su contenido.

—No está mal, dos mil y pico de dólares —dijo después—. Habrá que devolvérsela a su dueño.

Ella puso las manos en las caderas.

—A mí me parece que lo que tú quieres es quedarte con la «pasta» —dijo.

—No me hace falta, Mabel.

—Tampoco le hacía falta a aquel gordo, rebosante de «colesterol»...

Staynn elevó sus ojos al techo.

—Se dice colesterol —corrigió pacientemente.

—¿Y a quién cojones importa cómo se dice?

—Mabel, ¿sabes que usas un lenguaje muy... inconveniente, por no calificarlo de otra forma?

—Hablo como me sale de..., de la tripa —contestó ella de mal humor—. Bueno, tío relamido, ¿qué haces conmigo? ¿Me llevas a ver a los «polis» o me echas a la calle? Dímelo pronto, maldita sea...

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Staynn—, ¿Te apetece un trago, Mabel?

—Si tienes jugo de tarántulas, te lo aceptaré.

—No tengo ese veneno, pero te daré algo mucho mejor.

Staynn se acercó a un lujoso bar y llenó dos copas. Mabel probó el contenido de la suya y escupió inmediatamente.

—¡Puah...! ¿Qué mierda es esto? ¡Parece meada de caballo! —exclamó.

—Es jerez —dijo él—. Y, otra vez más, no me gusta tu forma de hablar.

—Pues si no te gusta, te rascas el culo y en paz. ¡Nos ha «jeringao» aquí el «académico» éste!

—Se dice académico, Mabel.

—Se dice un cuerno. Oye, ¿eres maricón?

—¿Cómo?

Mabel se echó a reír.

—Otro, en tu lugar, ya habría intentado aprovecharse. Estoy bastante buena, ¿sabes? —Soy un gran aficionado al bello sexo, pero en estos momentos, no tengo tiempo ni humor para devaneos.

—¿Qué es eso de devaneos? —preguntó Mabel—, ¿Se trata de un numerito especial, sexualmente hablando?

—No. Quiero decir... ¡Oh, no importa ahora! —exclamó Staynn, exasperado—. En resumen, necesito una colaboradora para cierto asunto que tengo entre manos y creo que tú puedes ser la persona ideal en este caso.

Ella le miró recelosamente.

—¿Qué es lo que tengo que hacer? —preguntó.

Staynn la miró críticamente de los pies a la cabeza.

—Tienes una figura perfecta y un rostro no absolutamente bello, pero sí con unos rasgos muy interesantes. Podrías parecer una gran dama, adecuadamente vestida..., pero, hija, en cuanto abres la boca, parece que se haya abierto una cloaca. Y eso es, precisamente, lo que me gustaría corregir en ti.

—Mira, tú, como quiera que te llames, porque aún no me has dicho tu nombre, si tienes que decirme algo importante, empieza pronto y déjate de rollos. ¿Está claro, tío relamido?

—Clarísimo, Mabel. Pero escúchame primero.

Capítulo II

ZEKE Dovan llamó a la puerta y alguien abrió a los pocos instantes. Dovan sonrió al hombre que aparecía ante su vista. —Lo tengo —dijo.

—Pase —invitó Edgar Ambrose.

Dovan cruzó el umbral. Ambrose cerró con doble vuelta de llave y se ajustó maquinalmente el cinturón de la bata que llevaba puesta.

—Disculpe que le reciba así —dijo—. Estaba en el baño y...

—No se preocupe —contestó Dovan.

—¿Le apetece una copa?

—No, gracias. Lo único que quiero es cobrar.

Ambrose hizo un gesto de asentimiento.

—Muy lógico —convino—. Sin embargo, no he visto aún la joya.

Dovan metió la mano en el bolsillo y extrajo el saquito de terciopelo negro, en cuyo interior se hallaba el medallón. Aflojó los cordones, metió dos dedos, asió la cadena y tiró suavemente hacia arriba.

El medallón emitió deslumbradores chispazos. Los ojos de Ambrose no brillaban con menor fulgor.

—Magnífico —murmuró, arrobado—. ¿Me permite?

—Claro —rió Dovan.

Ambrose contempló el medallón durante unos segundos. Luego fijó la vista en su huésped.

—Señor Dovan...

—¿Sí?

—Verá... Cuando le encargué se ocupase de conseguir la joya, hicimos un... acuerdo económico.

—Es cierto. Usted mismo fijó la cantidad.

—Bueno, resulta que... en las últimas semanas... he sufrido ciertos contratiempos y... En resumen, sólo podré pagarle ahora la mitad de lo convenido. ¡Pero le aseguro que le pagaré el resto antes de un mes!

Dovan se enfureció.

—¡Sus trapicheos me importan un rábano! —gritó—. Acordamos una cifra. Yo he cumplido mi parte, así que ahora me pagará todo o...

—De súbito, alargó la mano hacia el medallón—. O me lo llevaré hasta que pueda completar la suma pactada.

—¡No! —chilló Ambrose.

—Suelta eso, maldito hijo de perra...

Los dos hombres se enzarzaron en una furiosa pelea cuerpo a cuerpo, durante la cual, se abrió la bata de Ambrose, quien, al salir del baño para recibir a su visitante, no llevaba debajo más prendas de ropa.

Los cuerpos de los dos hombres chocaron un instante con cierta violencia. De pronto, Ambrose lanzó un grito y soltó al ladrón.

Dovan retrocedió. En la cara de Ambrose había surgido de repente una mueca extraña. —Oiga, ¿qué le pasa? —preguntó—. Si no le te tocado apenas...

Dovan se asustó. Ambrose se frotaba el pecho vigorosamente.

—Me duele —murmuró.

El ladrón empezó a retroceder, muy asustado. De pronto, Ambrose emitió un sordo gemido.

—No veo nada... Dios, cómo duele... —jadeó.

Unos segundos más tarde, se vino de bruces al suelo. Dovan dio un salto.

Los pies de Ambrose se movían espasmódicamente, pero se quedaron quietos muy pronto. Lleno de aprensiones, Dovan se acercó al caído y se agachó, para tomarle el pulso.

—Rayos, está muerto —gruñó.

Miró a derecha e izquierda. «Debe de haber sido un ataque cardíaco», conjeturó.

Al cabo de unos segundos, se acercó a un escritorio, en el que había un sobre alargado. Examinó su interior. Había cincuenta billetes de cien dólares. No estaba mal, se dijo; cobraba sólo la mitad de la cifra prometida por Ambrose...

—Pero conservo el medallón —sonrió satisfecho, mientras hacía saltar suavemente la joya en la palma de su mano.

Al cabo de unos segundos, volvió a guardar el medallón en la bolsita de terciopelo. Apagó las luces y salió del apartamento sin hacer el menor ruido.

* * *

—¡No, no aceptaré! —dijo Mabel, al enterarse de los propósitos de Staynn.

—Muy bien —dijo él, impasible—. Te daré veinticuatro horas de plazo para que reflexiones. Después, tomaré una decisión.

—No me gusta lo que quieres de mí. Y tú me gustas menos todavía; nunca me han gustado los hombres «sulfíticos»...

—Querrás decir sofisticados, Mabel.

—Quiero decir una caca, si te parece más suave. Y no se hable más; me marchó inmediatamente.

Staynn sonrió.

—Sí, claro. —Encorvó el dedo índice—. Ven, encanto.

Ella le siguió, encontrándose de sopetón en un vasto dormitorio, cuyo lecho tenía un gran dosel, sustentado por cuatro gruesas columnas, de estilo salomónico.

—Oye, ¿es que quieres que me acueste contigo? Si lo que buscas es dar gusto al cuerpo, estás equivocado. Yo soy pero muy decente...

Staynn se echó a reír.

—Conocí en una ocasión a dos mujeres. Una era ladrona y decía que era muy honrada y que no se acostaba con nadie más que con su marido. La otra era una prostituta y decía que era honrada, porque nunca había robado un dólar a nadie. La honradez, hermosa Mabel, es sólo cuestión de perspectivas.

—No me vengas con «filosufías», no me trago el cuento tan fácilmente. ¿Por qué me has traído al dormitorio, si no te vas a acostar conmigo?

—Se dice filosofía —rectificó él. De pronto bajó la voz—: Es una salida secreta.

—No me digas —se pasmó Mabel.

—Sí. Verás... Agarra esta columna.

Ella obedeció. Antes de que pudiera darse cuenta, Staynn le había sujetado la muñeca a la columna por medio de unas esposas de acero.

—¡Suéltame! —chilló la joven.

Staynn se encaminó hacia la puerta.

—Puedes gritar todo lo que quieras —dijo—. El dormitorio está insonorizado y nadie te oirá. Pero ahí estarás veinticuatro horas, hasta que contestes afirmativamente a mis proposiciones.

—No, no lo haré...

Pero Staynn ya no la escuchaba; había salido del dormitorio y se dirigía hacia el salón, en donde iba a recibir a la señora Vaughan, cuya llegada le había sido anunciada mientras conversaba con Mabel.

* * *

Antonio sirvió el té y luego se retiró discretamente. Staynn contempló a su visitante. Treinta y cinco años, hermosa, viuda y dueña de una inmensa fortuna. Reunía sobrados atractivos para enloquecer por ella.

—Y bien, señora Vaughan, ¿cuál es su problema? —dijo, después de tomar unos sorbos de té.

—Me han robado algo muy valioso —contestó ella—. Su precio, si se pusiera en el mercado, no bajaría de un millón de dólares.

—Caramba, es una cifra considerable. ¿Algún cuadro de firma famosa?

—No. Se trata de un medallón de principios del siglo XV.

—¿Cellini?

—Autor desconocido, anterior a Cellini. El medallón perteneció a la familia Borgia.

—Ah, una historia muy interesante... Sin duda, el ladrón estaba informado de que usted era la afortunada poseedora de la joya.

—Eso pienso yo, porque tuvo la ocasión de ver muchas más joyas y, sin embargo, sólo se llevó el medallón.

—Hablando vulgarmente, fue a tiro hecho —sonrió Staynn.

—Yo creo que fue así —concordó Melissa—. Una amiga mía, la señora Van Dacker, me recomendó a usted... Bien, para serle sincera, quiero que recobre el medallón, con la rapidez posible y sin dar motivo a murmuraciones enojosas.

—¿Debo deducir que no ha denunciado el hecho a la policía?

Melissa enrojeció.

—No —repuso con un hilo de voz.

—¿Por qué, señora Vaughan?

Ella vaciló.

—Es que...

—Señora —dijo Staynn frunciendo el ceño—, si quiere que me encargue del caso, ha de hablar con absoluta sinceridad. Soy discreto y puede tener la plena seguridad de que no haré nada que pueda comprometerla. Pero necesito conocer todos los detalles o, sintiéndolo mucho, tendré que darle una negativa.

Melissa suspiró.

—El medallón fue robado... en Italia.

—Ah, comprendo.

—Me encapriché de él, cuando lo vi en un museo... ¡No he sido la única persona que ha hecho una cosa semejante! —exclamó ella crispadamente.

—Por supuesto, señora. ¿Qué más?

—He traído una fotografía del medallón. Se la daré... ¿Cuánto me va a cobrar por recuperar la joya, señor Staynn?

—La décima parte de su valor, más quinientos dólares diarios para gastos.

Melissa dio un bote en su asiento.

—¡Es una cifra bárbara! —calificó.

—Usted pagó una miseria al italiano que robó la joya en el museo. Aquel hombre y yo pensamos de forma muy distinta —contestó Staynn impasiblemente.

Ella dudó un momento.

—Sí..., si no hay otro remedio...

—No soy el único detective privado de la ciudad, señora.

—Comprendo la indirecta —respondió Melissa—. Está bien, de acuerdo.

—Cien mil y los gastos, a razón de quinientos dólares diarios.

—Sí.

—Le presentaré un contrato a la firma. Por supuesto, mencionaremos sólo servicios especiales, sin hablar para nada del medallón de los Borgia.

—De acuerdo.

—Gracias, señora. ¿Un cigarrillo?

Melissa inhaló el humo a rápidas bocanadas. «Está muy nerviosa», dedujo Staynn. —Déme detalles, por favor —solicitó.

—Fui a una fiesta. Al volver a casa, me metí directamente en el baño. Salí y me encontré con el ladrón.

—Y luego se dio cuenta de que le faltaba el medallón.

—Pude darme cuenta de que había ido directamente a por el medallón. Pero me ató y no pude resistirme.

—Entiendo. ¿Se fijó en el sujeto?

—Un poco... Era de mediana estatura, delgado, de rostro un tanto chupado... Tenía el pelo rojizo... Ah, sí, y una nariz ridículamente pequeña...

—No es una mala descripción —sonrió Staynn. Conocía al ladrón, pero prefirió callar por el momento—. Tengo amistades, confidentes... Trataremos de encontrarlo cuanto antes. —No sabe cuánto se lo agradeceré, señor Staynn.

—Me bastará con percibir los honorarios acordados, señora. Pero observo que está un poco nerviosa. ¿Hay algo más?

Melissa vaciló.

—Sí... Creo que sí, aunque más bien pienso que se trata de una leyenda...

—¿Cómo?

—Verá, se dice que César Borgia se hizo construir el medallón de una forma muy especial. A veces, se lo colgaba del cuello... cuando quería abrazar a alguien a quien, externamente, consideraba como amigo, pero que en realidad era su enemigo. Lo abrazaba efusivamente... y, a la presión, se disparaba una aguja impregnada de veneno, que se clavaba en el pecho de la víctima, que moría a los pocos momentos.

—Sí, típico de aquella época —convino Staynn—. Aunque a César Borgia le han achacado innumerables crímenes que jamás cometió y le han acusado de utilizar venenos que nunca se elaboraron en el

laboratorio de ningún alquimista.

—Como sea, es preciso tener en cuenta la leyenda.

—Oh, sí, claro, claro. De todas formas, si hubo veneno, ha perdido ya su efectividad. No olvidemos que han transcurrido más de cuatrocientos años.

—Bueno, me pareció que era conveniente que conociese todos los detalles.

—Gracias, señora Vaughan.

Ella le tendió la mano, a la vez que hacía aletear sus pestañas.

—Venga a verme pronto, señor Staynn —dijo con voz incitante.

—Espero llevar el medallón en mi próxima entrevista —contestó él, a la vez que se inclinaba para besar galantemente la mano de su hermosa visitante.

Capítulo III

STAYNN entró en el dormitorio y contempló críticamente a la muchacha. Mabel se había sentado en el borde de la cama y parecía resignada a su suerte.

—Siento haber tenido que hacer esto contigo —se disculpó él—. Pero lo he pensado mejor y creo que no tengo derecho a retenerte.

—¿Acaso pensabas guardarme prisionera, como una «adalisca» en el «harán»?

—Se dice odalisca y se dice harén —corrigió Staynn pacientemente—, Mabel, ¿no has ido nunca a la escuela?

Ella hizo un gesto de indiferencia.

—Mi escuela ha sido la calle —respondió.

—Por lo visto tus padres se preocuparon poco de ti.

—¡Je! —Mabel rió amargamente—. A él sólo le preocupaba la bebida. Y a mi madre lo único que le interesaba era cazar amantes con «pasta».

—Y no se cuidaban de ti.

—Ya puedes ver los resultados, Frank.

—No te había dicho aún mi nombre —se asombró él.

—Antonio vino a decirme si quería algo. Le pregunté quién eras.

—Ya. De modo que tuviste una infancia desgraciada.

—¿Tuve infancia siquiera? A los doce años me harté de vivir en aquel infierno y los dejé.

—¿Viven?

—El entró a robar un día en una tienda de comestibles. El dueño le voló la cabeza de un «escapotazo».

—Escobazo.

—No, hombre, con la escopeta.

—Entiendo. ¿Y tu madre?

—Uno de sus clientes se negó a pagarle. Ella sacó un cuchillo, pero el fulano se lo quitó y le rajó la panza.

—Lo siento de veras.

—Yo no lo siento. Mi madre no hizo más que parirme. A veces me pregunto por qué estoy viva...

Staynn sacó la llave de las esposas, se acercó a la columna y soltó a la joven.

—Estás libre —anunció.

Mabel le miró asombrada.

—Dijiste veinticuatro horas...

—He cambiado de modo de pensar. Puedes marcharte. Ah, aguarda un momento.

Staynn fue a un escritorio situado en un rincón, abrió un cajón y sacó algo, que entregó a continuación a la muchacha.

—Al menos, que no pierdas la jornada —sonrió—. Por supuesto, devolveré la cartera a su dueño.

Mabel contempló los cinco billetes de cien que el detective le había puesto en las manos.

—No puedo aceptarlo —dijo al cabo.

—Ya lo creo que sí. Te quedarás ese dinero, como compensación por el mal rato que te he hecho pasar.

—Pero tú lo pierdes...

—Lo ganaré por otro lado, no te preocupes.

—Me parece que eres un poco «extravagante»...

—Extravagante —puntualizó Staynn. De pronto, se dio una palmada en la frente—. Mabel, se me había olvidado una cosa. ¿Conoces tú a un tipo que es algo más bajo que yo, pelirrojo, de cara chupada y sin apenas nariz?

—¿Te refieres al Narizotas?

—Creo que se llama Zeke Dovan.

—Sí, es su nombre. ¡Menudo hijo de puta está hecho!

—Mabel, Mabel... —dijo él suavemente.

—Lo siento, «dispénsame». ¿Para qué quieres verlo?

—Un asuntillo sin importancia.

—No sé dónde vive, pero puedo indicarte dónde puedes encontrarle. Calle Ciento Treinta y Una Oeste, el bar de Lulú *la Cagona*.

Staynn dio un respingo.

—Demonios, vaya un apodo.

Mabel se echó a reír.

—Una vez, un atracador drogado le robó la recaudación. A Lulú le entró tal miedo que se... Bueno, imagínate lo que le pasó. Luego los pocos clientes que estaban presentes y que no se habían atrevido a rechistar empezaron a oler y no precisamente a agua de rosas. Desde entonces, le ha quedado el apodo.

—Pobre chica —compadeció Staynn—. Otra cosa, Mabel.

—Dime, Frank.

—De lo que hemos hablado antes... nada. Olvídalo, ¿entiendes?

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Como quieras. Y gracias por todo.

—Gracias a ti.

Staynn acompañó a la muchacha hasta la puerta. Antes de salir, Mabel se volvió y contempló la fastuosa decoración.

—Vives como un «patentado» —suspiró.

—Potentado —corrigió él suavemente—. Ah, si por casualidad ves al Narizotas, ni palabra, ¿eh?

Mabel se pasó el pulgar por los labios.

—Ya tengo la cremallera puesta —se despidió.

Al quedarse solo, Staynn meneó la cabeza. Lástima, pese a su incultura, cosa de la que ella no tenía la culpa, Mabel habría podido resultar la *partenaire* ideal. Refinándola un poco, hubiera dado un magnífico resultado...

Buscaría a otra, no había más solución. Pero antes, sin embargo, tenía que localizar a Zeke Dovan.

* * *

En aquellos momentos, Zeke Dovan hacía oscilar el medallón, pendiente de su cadena, delante de los ojos de una dama llamada Sally Britt, alias La Candente. Sus conocidos decían que era una ninfómana irremediable, cosa que a ella le tenía sin cuidado. A Sally lo que le interesaba más en este mundo era un hombre con dinero. Y joyas, a ser posible.

Sally estaba sentada en la cama y contemplaba el medallón con ojos desorbitados. Era una mujer de unos treinta años, opulenta, de grandes senos y amplias caderas, conocedora de las más sofisticadas técnicas amorosas, que sólo ponía en práctica cuando tenía la seguridad de recibir la recompensa adecuada.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó.

—No te preocupes —dijo Dovan—. ¿Te gusta?

—Me chifla, Zeke.

—Puede ser tuyo si...

Sally sonrió.

—Lo que quieras, guapo —dijo, adivinando los deseos de su huésped.

Inmediatamente, se desabrochó la blusa. Luego se quitó el enorme sujetador y sus poderosos pechos quedaron al descubierto. A continuación, siguió con la falda, las bragas y el ligero. Finalmente se tendió en la cama y movió la mano invitadoramente.

—Ven, precioso.

Dovan no se hizo repetir la invitación. Le gustaban las mujeres exuberantes, abundantes de carnes, y Sally tenía todo lo necesario

para satisfacer sus ansias. Cayó sobre ella, como un náufrago hambriento sobre un plato de comida.

Un buen rato más tarde, Dovan volteó a un lado.

—¡Uf! Sally, me has dejado exprimido como un limón.

Ella se echó a reír.

—Es lo que buscabas, ¿no? Bien, ahora hablemos del medallón.

Dovan se sentó en la cama.

—Será tuyo, con una condición.

—A ver, soy toda oídos.

—Te quiero para mí. No vuelvas a acostarte más con otro hombre.

—No pides demasiado. —Sally se inclinó y le besó ardientemente —. Lo que quieras, encanto —añadió.

De pronto, saltó de la cama y corrió hacia la consola donde había quedado el medallón, que colgó inmediatamente de su cuello. Completamente desnuda, se pavoneó unos instantes delante del hombre.

El medallón bailaba entre los senos. Dovan volvió a sentirse excitado y se puso en pie, también desnudo. Lentamente, se acercó a la mujer y rodeó su cálida cintura con los brazos.

Sally le abrazó por el cuello y empezó a mover lascivamente las caderas, a la vez que se apretaba contra él con todas sus fuerzas. De repente, Dovan lanzó un grito.

Sally le miró intrigada. Dovan se apartó de ella y empezó a frotarse el pecho con una mano.

—¿Qué te sucede, Zeke? —preguntó ella.

Dovan emitió un ronco gemido. Su boca se torció en un horrible gesto de dolor.

Sally empezó a asustarse. Bruscamente vio que se doblaban las rodillas del sujeto.

—¡Zeke! —chilló—. ¿Qué ocurre?

Arrodillado, Dovan alargó una mano, como si quisiera pedir socorro. Sally, terriblemente asustada, retrocedió un paso.

Dovan emitió un espantoso ronquido. Luego se fue de bruces al suelo.

Pataleó un poco. Al fin, se quedó inmóvil.

El cuerpo de Sally estaba cubierto de sudor. Pasados unos minutos, empezó a reaccionar. Era fácil ver que Dovan estaba muerto; no se advertían en él movimientos de la respiración. Apretó los labios y empezó a vestirse a toda prisa.

Quando terminó, agarró el bolso y corrió hacia la puerta. Sólo cuando estaba ya fuera del apartamento, se dio cuenta de que el medallón continuaba en contacto con su pecho. Pero no se le ocurrió

dejarlo allí ni por un instante.

Era una joya de gran valor. Ya encontraría a alguien que le pagase un buen pico por ella, pensó, al apagar la luz, antes de cerrar la puerta.

* * *

Staynn entró en el bar y se dirigió directamente hacia la barra, detrás de la cual había una mujer de mediana edad, rostro avinagrado y senos flácidos, pese a su voluminoso tamaño.

—¿Qué le sirvo? —preguntó Lulú.

—Cerveza.

—Sí.

Lulú llenó una jarra. Staynn puso sobre el mostrador un billete de cincuenta dólares. —Oiga, ¿cree que tengo cambio a esta hora del día? Aún no son las doce...

—No hace falta que se moleste en buscar cambio —dijo Staynn—. Quédese el billete, Lulú.

—Ah, me conoce, incluso.

—Alguien me ha hablado de usted, muy bien, por cierto. Mi... amigo me dijo que es usted una mujer encantadora y llena de simpatía. Creo que no se ha equivocado.

Lulú se esponjó visiblemente. La combinación del dinero y el halago solía ser irresistible, pensó Staynn, mientras miraba sonriendo a la mujer.

—Ando buscando a un amigo. Tengo que encomendarle un trabajito —añadió, tras una leve pausa—. Pero hace mucho que no le veo y por eso no sé dónde vive. Me dijeron que tú, tal vez...

—¿Cómo se llama? —preguntó Lulú, mientras se ahuecaba el pelo color de estopa.

—Dova, Zeke Dovan.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—Tendrás que ir a la Morgue —contestó.

—¿Qué? —Staynn respingó primero y luego meneó la cabeza pesarosamente—. ¿Qué le ha pasado al pobre Zeke? ¿Se ha metido en un mal asunto?

—No lo sé. Lo encontraron muerto esta mañana. Parece ser que fue un ataque al corazón. —Lulú soltó una risita—. No me extrañaría; anoche se fue con Sally *la Candente* y si se pasaron de la raya...

—Ah, estaba con una mujer.

—Sí, pero ella ha desaparecido. Debió de asustarse al ver muerto a Zeke y se las «piró» a todo correr, dejando la puerta abierta. Por eso una vecina vio muy pronto el cuerpo de Zeke y llamó a la policía.

—Sí que es una contrariedad. —Staynn adivinó que ya no encontraría el medallón y que, además, se lo habría llevado aquella tal Sally, con toda seguridad—. ¿No sabrás dónde puedo encontrar a Sally? —inquirió.

Lulú hizo un gesto negativo.

—Se había cambiado de casa hacía poco y aún no me lo había dicho. A lo mejor Zeke murió de otra cosa y ella, asustada, se ha escondido, para no tener que hablar con la policía.

Staynn hizo un gesto de afirmación con la cabeza.

—Sí, seguramente —convino. Sacó una agenda y un lápiz, y escribió algo. Luego arrancó la hoja y se la entregó a la dueña del local—. Lulú, si averigua dónde puedo encontrar a Sally, llámame de inmediato. Tendrás otros cincuenta dólares.

Ella se metió la hoja de papel en el seno.

—Descuida. ¿Cómo te llamas?

—Frank, eso es suficiente.

Ella le miró con fijeza.

—Haré lo que pueda —prometió.

Staynn sonrió.

—No lo dudo. Lulú —se despidió.

Capítulo IV

ERAN las siete de la tarde. Staynn se hallaba en su pequeño despacho, en el que había atendido unas cuantas cartas. Antonio le había llevado hacía poco los periódicos vespertinos. Staynn se hallaba ahora profundamente concentrado en la lectura de una noticia singular.

Los cadáveres de dos personas, radicalmente distintas en todos los aspectos, habían sido encontrados con pocas horas de diferencia, muertas ambas a consecuencia de un veneno cuya identidad se desconocía por el momento, ya que estaba siendo investigado todavía en el laboratorio del forense. Edgar Ambrose y Zeke Dovan habían aparecido muertos, en sus respectivos domicilios, y los dos presentaban una característica en común: un diminuto pinchazo en el centro del pecho por el que, según el forense y sin ningún género de dudas, había penetrado el tóxico que, desparramándose por la sangre, había causado el fallecimiento en menos de un minuto.

Al cabo de un rato, Staynn dejó el diario a un lado y reflexionó. Melissa Vaughan había hablado de la leyenda del medallón de los Borgia, pero le parecía increíble que un veneno pudiera conservar su efectividad a través de cuatro largos siglos. Por otra parte, no dejaba de parecerle también fantástico el truco de la aguja que salía a la presión. Si era cierto, no cabía duda de que se trataba de un mecanismo de resorte. Pero en cuatrocientos cincuenta años, el metal se habría oxidado...

—A menos que alguien lo haya revisado e, incluso, mejorado —murmuró.

Pero, en tal caso, ¿por qué? ¿Qué objeto tenía asesinar a un individuo llamado Edgar Ambrose, rico y aficionado a coleccionar obras de arte, aunque fuese por procedimientos más bien dudosos? ¿Y, cuál era la relación de Ambrose con un ladrón apodado Narizotas?

De pronto, el sonido del timbre de la puerta le apartó de sus reflexiones. Antonio, el criado, había salido a llevar unas cartas al correo y luego iría a visitar a un conocido. Tardaría en volver.

Staynn se levantó, salió del despacho y, tras cruzar el vestíbulo, abrió la puerta. Levantó las cejas al reconocer a la visitante.

—Hola —dijo Mabel.

Staynn sonrió imperceptiblemente. Mabel estaba en el umbral,

ataviada con un vestido barato, con flores horriblemente chillonas, y calzada con unos zapatos de doce centímetros de tacón. Sujetándola con ambas manos, de modo que quedaba delante de su cuerpo, llevaba una pequeña maleta. El único detalle, quizá discreto y elegante, era la boina de terciopelo rojo vino que cubría sus negros cabellos.

—¿Lo has pensado bien? —preguntó Staynn, tras un ligero intervalo.

Mabel movió la cabeza afirmativamente.

—Sí —respondió.

Staynn alargó la mano y se apoderó de la maleta. Mabel cruzó el umbral, pero se le torció un tacón y estuvo a punto de caer al suelo. Staynn la sujetó vivamente por un brazo.

—¿Tienes otros zapatos? —preguntó.

—Sí, en la maleta. Son de medio tacón...

—Cámbialos inmediatamente.

—Sí, señor.

El cambio estuvo realizado en pocos momentos. Luego Staynn condujo a la muchacha hasta su gabinete de trabajo y la hizo sentarse frente a él. Sacó cigarros y fumaron.

—Mabel —dijo al cabo—, ayer te expliqué qué era lo que quería de ti. No te dije todo, porque no necesitas saberlo por el momento, aunque sí puedo garantizarte que no se trata de un asunto turbio o deshonesto, sino todo lo contrario. Hacía ya algún tiempo que iba buscando a la mujer adecuada para este trabajo y, hasta que no te vi en el Metro, «afanándole» la cartera al gordo, no había encontrado a ninguna medianamente aceptable. Tú eres, exactamente, la persona que yo necesito. ¿Entendido?

—Sí, Frank.

Staynn contempló unos instantes a la muchacha. En silencio, admiró el perfecto óvalo de su rostro, enmarcado por la cabellera tan negra como el plumaje de un cuervo, y su esbelta figura, que se advertía incluso sentada, como en aquellos momentos, rígida, con la espalda separada del respaldo de la silla y las manos en el regazo.

—Ahora bien —continuó después de la interrupción—, necesitas educarte un poco y, sobre todo, corregir tu lenguaje.

—Soy medio analfabeta —se disculpó Mabel.

—No me refiero a la incorrecta pronunciación de ciertas palabras, sino a tu manía de soltar tacos a cada momento. Eso no está bien en una señorita, Mabel.

—Lo siento. Pero ya sabes en qué ambiente me he criado...

El suspiró.

—No, no toda la culpa es tuya —admitió—. Mabel, mientras dura tu educación, vivirás en mi casa. Te compraré ropas adecuadas y una

profesora se encargará de enseñarte dicción y buenos modales. Harás exactamente todo lo que yo te diga, aunque, insisto, no debes temer que te pida nada malo. Será cuestión de un par de meses, quizá tres, durante los cuales, además de la comida y el alojamiento, cobrarás un sueldo. No te relacionarás para nada con tus antiguas amistades; si tienes algún novio, olvídale...

—No tengo novio —contestó Mabel rápidamente.

—Mejor, así nos evitaremos complicaciones sentimentales. ¿Tienes algo pendiente con la policía?

—¡No!

Staynn sonrió.

—Lo hubiese arreglado por medio de mis abogados —aseguró—. Pero cuantas menos complicaciones se presenten, mucho mejor.

—¿Y después?

—Después, cuando yo juzgue que tu educación ha concluido, empezaremos a trabajar.

—De acuerdo, aunque, ¿me permites hacerte una «observación»?

—Observación —rectificó Staynn—. ¿De qué se trata?

—Eso va a costarte mucho dinero...

—No te preocupes; alguien lo pagará. Yo no trabajo por amor al arte, Mabel.

Ella paseó la vista por el gabinete.

—Debes ganar mucho dinero —apuntó.

—Sí, pero también lo gasto, porque me gusta vivir bien. Y ya que estamos aquí, ¿tomamos una copita para celebrarlo?

—Desde luego, Frank.

Staynn se levantó, llenó dos copas y entregó una a la muchacha.

—Creo que haremos un buen trabajo —sonrió. Levantó su copa—. Por el éxito de nuestra... misión.

—Hablas como si se tratase de la guerra.

El joven guardó silencio un instante. Luego, mirándola por encima de la copa, dijo:

—En cierto modo, se trata de una guerra, Mabel. Pero no temas —añadió—; no habrá tiros.

De pronto, sonó el teléfono.

—Dispénsame —murmuró él.

Levantó el aparato.

—Staynn —anunció.

La voz de Melissa Vaughan sonó inmediatamente al otro lado de la línea.

—Oh, señor Staynn... Es horrible, espantoso... ¿Ha leído los periódicos de la tarde?

—En efecto, los he leído, señora Vaughan.

—Dos personas han muerto... Pienso que ello se debe al medallón de los Borgia...

—Sí, yo pienso lo mismo, pero dígame, ¿acaso el señor Ambrose pudo tener alguna relación con el asunto?

—Seguramente, porque hace algunas semanas me propuso comprarme el medallón y yo me negué a vendérselo.

—¿Ofrecía mucho dinero?

—No es la cantidad que pudiera ofrecer, sino que yo no me fiaba de él, porque sabía que sus finanzas, pese a las apariencias, no eran demasiado boyantes. Cuando uno no piensa pagar, lo mismo le da ofrecer cinco que diez que mil, ¿me comprende?

—Sí, desde luego, señora Vaughan. Sigo investigando su asunto y espero poder darle muy pronto buenas noticias. Pero, por favor, sea discreta; no mencione el medallón para nada a nadie. ¿Entendido?

—Yo soy la primera interesada en evitar que se divulgue el asunto. Por eso precisamente le llamé a usted, Frank.

Staynn no dejó de captar la nota insinuante que suponía llamarle por su nombre en lugar de utilizar el apellido. Ciertamente, Melissa era encantadora...; pero, por el momento, no sentía deseos de complicarse la vida con una aventura sentimental.

—Muy agradecido, señora.

—Frank, llámeme Melissa.

—Sí, desde luego. He tenido mucho gusto en hablar con usted.

Colgó el teléfono y simuló secarse el sudor.

—¡Uf, es una mujer muy absorbente! —sonrió—. Mabel, voy a enseñarte tu habitación. Luego verás el gimnasio...

—¡Atiza! Tienes gimnasio particular —se asombró la chica.

—Sí, lo hice instalar en un cuarto que me sobraba. Conviene siempre estar en forma.

—La vida moderna es muy «sudentaria», ¿verdad?

—Sudentaria, Mabel —corrigió él—. Ven, vamos a dar comienzo a tu educación.

* * *

Sentado en una silla, con las manos apoyadas en el bastón de puño de marfil, Staynn contemplaba la escena, mientras fumaba plácidamente un cigarrillo. A su izquierda, había una mujer de unos cuarenta y tantos años, alta, fornida, musculosa, que dirigía los movimientos de Mabel. La muchacha, en aquellos instantes, se movía a lo largo de la habitación, ataviada con una malla negra y zapatos de tacón alto. Encima de la cabeza llevaba dos gruesos libros.

—Así, muy bien... La barbilla levantada, el pecho fuera... Con aire natural, no fuerces los músculos... Imagínate que eres una reina dirigiéndose al trono, entre una doble fila de cortesanos que se inclinan a tu paso... Sonríe ligeramente a derecha e izquierda... ¡Perfecto, Mabel! Por hoy, ya hemos terminado. Ve a la ducha y luego te daré una sesión de masaje.

—Sí, señora Coburn —respondió la muchacha.

Al quedarse solos, Staynn entregó un cigarrillo a la profesora.

—Y bien, Lizzy, ¿qué opinas?

Ella aspiró el humo, para lanzar luego una densa bocanada.

—Es un diamante en bruto —contestó—. Sólo falta pulirlo y darle la talla adecuada. Cuando lo hayamos conseguido, tendrás la joya más valiosa que nadie haya podido imaginar jamás.

Staynn sonrió, satisfecho.

—Entonces, opinas que hice una buena elección, Lizzy.

—Inmejorable —respondió la mujer—. Esa chica lo tiene todo desde su nacimiento, aunque ni ella misma haya sabido advertirlo. Vale su peso en oro, Frank. Aunque me pregunto qué será después de ella.

—¿Cómo?

—La vas a transformar de una forma radical. ¿Podrá acostumbrarse luego a la vida que llevaba antes, sin seguridad, luchando a diario en esa jungla de cemento contra todo y contra todos? ¿No la estás llevando al paraíso para luego arrojarla al infierno?

Staynn sacudió la ceniza del cigarrillo en un cenicero próximo.

—Cuando esto haya terminado, Mabel podrá encontrar un empleo infinitamente mejor que el que tenía hasta ahora, y tú sabes muy bien qué es lo que hacía. Podrá elegir la colocación que le guste y ganar mucho dinero, no te quepa la menor duda, Lizzy.

—Ojalá sea como dices —suspiró la mujer. Miró a Staynn y sonrió—. Pygmalión —le apostrofó cariñosamente.

—Hombre, en cierto modo, estoy haciendo lo mismo —sonrió él—. Pero es divertido, ¿no te parece?

Lizzy entornó los ojos.

—Divertido, hasta cierto punto —contestó—. Pero procura no causarle ningún daño. Empiezo a conocerla; si llegases a defraudarla... dudo mucho de que lograra superar el trauma. Es fuerte en muchos aspectos, pero en otros es débil como una niña de pocos años. ¿Me entiendes, Frank?

—Te entiendo de sobra —dijo él gravemente—. Y no la defraudaré, descuida.

Mabel apareció en aquel momento, envuelta en una bata de baño.

Lizzy arrojó el cigarrillo a un cenicero y movió la mano.

—Lárgate, Frank —ordenó—. Voy a darle una sesión de masaje y un caballero no debe estar presente cuando una señorita se desnuda ante su masajista.

Staynn se echó a reír.

—Aguardaré ahí afuera —dijo.

Estaban en casa de la profesora. Luego regresarían a la suya, en dónde otra profesora se ocuparía de su lenguaje. Mabel era inteligente y aprendía con enorme rapidez. Sí, sería su *partenaire* ideal. En anteriores ocasiones, había empleado otras mujeres, pero ninguna le había dado el resultado que esperaba conseguir de la muchacha.

Capítulo V

INESPERADAMENTE, un par de semanas más tarde, Antonio le ofreció el teléfono.

—Llama una tal Lulú, señor —anunció.

En aquellos momentos, Staynn se encontraba en pie, ante un atril policromado del siglo XVI, sobre el cual tenía abierto un enorme libro de arte. Apartó la vista de la lámina que representaba un cuadro de Tiziano y tomó el aparato.

—Frank —dijo.

—Soy Lulú. Tengo noticias para ti —exclamó la mujer.

—Serán interesantes, supongo.

—Sí. Ven al bar, por favor.

—¿No puedes...?

—Mejor cara a cara, Frank.

—Está bien.

Staynn devolvió el teléfono a su criado.

—Antonio, voy a salir. Prepárame las ropas corrientes.

—Bien, señor.

El joven cerró el libro y se encaminó al cuarto de baño. Quince minutos más tarde, se había ataviado con una camisa a cuadros, una cazadora sobada y unos pantalones vaqueros, viejos y descoloridos. Tanteó la billetera con una mano y se dirigió hacia la puerta.

En el camino, se cruzó con Mabel. La muchacha, vestida con una malla negra, que moldeaba admirablemente su atractiva silueta, se paseaba arriba y abajo, con un libro en las manos. Al verle, suspendió la lectura y le miró.

—Vas a salir —adivinó.

—Sí —sonrió él—. Puede que tarde en volver; no me esperes para cenar.

—Está bien. Oye, este libro es muy interesante. Me lo recomendó Lizzy.

—Es muy culta, a pesar de su aspecto de luchadora de *catch* —exclamó Staynn—, ¿Cuál es el título del libro, Mabel?

—*Pygmalión*.

—Vaya —resopló el joven. Volvió a sonreír—. Sí, lo he leído y es muy interesante. Hasta la vista, Mabel.

—Ten cuidado, Frank. No cometas imprudencias irremediables, que puedan acarrear consecuencias tal vez irreparables.

Staynn abrió la boca, estupefacto. Ella sonrió, satisfecha.

—¿He hablado bien? —consultó.

—Algo pedante, pero puede pasar —respondió Staynn.

Y abrió la puerta, seguro de que antes de que acabase el día podría enfrentarse con Sally *la Candente*.

* * *

Sally Britt estiró los brazos y miró sonriente al hombre que tenía a su lado en el lecho. —Te sentirás contento, supongo.

—Eres toda una artista —sonrió Rock Morris, alias *el Grajo*—. Debieras dedicarte a profesora de amor.

Ella lanzó una alegre carcajada.

—Es algo instintivo —contestó—. Lo hago... porque me gusta. Y a ti también, me parece. Se inclinó sobre el sujeto y paseó sus redondos pechos por el rostro masculino. Morris alargó las manos, pero Sally se escabulló rápidamente y corrió hacia el baño.

—Prepara un trago —indicó desde la puerta—. La función seguirá después... del entreacto.

—Estupendo, nena.

Morris saltó de la cama, buscó tabaco y se colgó un cigarrillo de la boca. Sally era una tía fenomenal, se dijo; nunca había visto una mujer más ardiente ni con mayor experiencia. Sería cosa de cultivar la amistad con ella.

En la cocina, encontró hielo en el frigorífico. Volvió al dormitorio y empezó a preparar las bebidas. Al cabo de un rato, quiso fumar de nuevo.

Buscó en los bolsillos de su ropa. Había acabado los fósforos. Quizá en la mesilla de noche...

Se acercó al mueble y no vio nada encima. Abrió el cajón. Entonces creyó que los ojos se le saltaban de las órbitas.

—Dios —murmuró apagadamente, deslumbrado por el espectáculo que le ofrecía aquella joya de incomparable belleza.

Morris se olvidó en el acto del tabaco. Cogió el medallón con dos dedos y lo levantó, para verlo mejor. Sí, las piedras preciosas parecían auténticas. Aquello valía una fortuna. Se preguntó de dónde podría haberlo sacado Sally.

Súbitamente, oyó la voz de la mujer:

—¡Rock! Deja eso ahí inmediatamente.

Morris se volvió, sonriendo de un modo extraño.

—¿Dónde lo has «afanado»? —preguntó.

—Eso no te importa —respondió ella de mal talante—. Dámelo...
Morris echó las manos a la espalda.

—Espera, muñeca, vamos a hablar muy en serio. Este medallón vale un imperio. Pero es una lástima tenerlo aquí, escondido, sin sacarle el provecho debido. Desmontaremos las piedras y...

—Eso es lo que tú querías —dijo Sally furiosamente—. Rock, te he dejado venir a mi casa, para pasar un buen rato, pero si piensas que vas a convertirte en mi chulo, estás muy equivocado. Siempre he sido muy independiente y nunca he tenido un chulo, ¿está claro?

Los ojos del sujeto se entornaron.

—Puede que ya sea hora de que empieces a tenerlo —murmuró.

—Hijo de perra... —Bruscamente, Sally se arrojó sobre el individuo y trató de quitarle el medallón—. Dame eso, especie de canalla...

Era una mujer robusta, a pesar de todo, y, por unos momentos, pareció que iba a conseguir sus propósitos. Sally y Morris fueron de un lado para otro de la habitación, mientras ella maldecía obscenamente, apostrofándose por haber cedido a la debilidad de llevar un hombre a su apartamento. Repentinamente, agarró la mano de Morris y tiró con fuerza.

Por un instante, creyó que iba a lograr su propósito. Ya casi había recuperado el medallón. Pero, en aquel preciso momento, sintió un agudo pinchazo en la palma de la mano.

—¡Maldito! ¡Me has pinchado! —gritó, a la vez que retiraba vivamente el miembro afectado.

—Lo siento, nena —se disculpó Morris—. No quería hacerte ningún daño... Pero es una lástima desaprovechar esta ocasión tan estupenda...

—¡Dámelo de una vez! —aulló la mujer.

—Ahí lo tienes —contestó, despechado—. Yo me marcho ahora mismo y no volveré a verte en los días de mi vida.

—Sí, será lo mejor —convino Sally.

El sujeto empezó a vestirse. De pronto, oyó un grito.

Sally estaba en pie, junto a la cama, tambaleándose como si estuviese borracha. Fuertes temblores recorrían su cuerpo, de la cabeza a los pies. Morris empezó a sentirse aprensivo.

—Sally, ¿qué te sucede?

Súbitamente, ella se desplomó hacia adelante y quedó atravesada sobre la cama, boca abajo, asiendo todavía el medallón con la mano derecha. La cadena colgaba al otro lado y oscilaba como un péndulo.

Morris se quedó pasmado. Durante unos segundos, no supo qué hacer. Luego se acercó a la mujer y la sacudió por un hombro.

—Sally...

Pero ella no le contestó. Morris tragó saliva. Era fácil ver que Sally ya no respiraba.

Al cabo de unos momentos, se convenció de la irremisible muerte de la mujer. No sabía lo que le había sucedido, pero sí podía imaginarse fácilmente los conflictos en que podría verse inmerso, si le sorprendían allí con un cadáver. Lo mejor era largarse, decidió finalmente.

Aunque no sin el medallón, por supuesto.

* * *

—La has encontrado —dijo Staynn.

Lulú movió la cabeza.

—Sí. Anoche mismo estuvo aquí. Ha cambiado totalmente su aspecto. Se ha teñido el pelo de negro y lo lleva muy rizado, estilo «afro». Con eso y unas gafas de color suave, muy grandes, está completamente desconocida.

—¿Trata de huir de alguien?

—Es posible. Recuerda, estaba con Zeke cuando éste murió.

—Sí, pero no creo que ella lo asesinara. Menos todavía, con un veneno.

—Esa pájara esconde algo. Traté de sondearla, pero no quiso contestar. Al cabo de un rato, se marchó. Hice que un amigo la siguiera. Me costó veinte dólares.

Staynn sacó un billete de cincuenta y dos de diez.

—Cubiertos los gastos —sonrió—. ¿Cuál es la dirección?

—Ciento Once Oeste, cuarta planta, letra E.

—Lulú, te quiero.

Ella se echó a reír.

—Eres un mentiroso, pero me gusta. Lástima que ya no esté en la flor de la edad —dijo. —Aún tienes mucho que...

—No, no seas adulator. Pero te lo agradezco, de todos modos.

—Yo también a ti, Lulú.

Staynn abandonó el bar y caminó una manzana, antes de detener un taxi. Había preferido ir sin su coche, a fin de evitar sospechas nada convenientes.

Un cuarto de hora más tarde, llamaba a la puerta del apartamento de Sally Britt. Extrañado por la falta de respuesta, se decidió a abrir.

Tenía en el bolsillo un juego de ganzúas, pero pronto pudo advertir que no las necesitaría. La puerta no estaba cerrada con llave ni tenía echada la cadena de seguridad.

Avanzó paso a paso, a través de un ambiente denso, cargado de perfume barato. De pronto, se detuvo como herido por un rayo.

El contacto de su mano con la todavía tibia piel de Sally le hizo saber que ella había muerto no hacía mucho rato. Perplejo y desorientado, miró a su alrededor.

Del bolsillo de su cazadora, sacó un par de guantes de fina piel, que se puso rápidamente, para iniciar el registro del apartamento, sin pérdida de tiempo.

Una hora después, volvía al bar. Lulú llenó un vaso y lo puso delante de él.

—¿Qué cuenta Sally? —preguntó.

Staynn despachó el licor de un solo trago.

—No te alteres —dijo a media voz—. Sally está muerta.

Lulú se estremeció.

—¿Tú?

El meneó la cabeza.

—Había muerto quince o veinte minutos antes de mi llegada. Aún no estaba fría del todo. El apartamento aparece bastante ordenado, pero le han robado algo que para mí es muy importante. He visto colillas con pintura de labios y otras normales. Eso significa que un hombre estuvo con Sally después de que viniera al bar.

—Se lo encontraría lejos de aquí, supongo —contestó Lulú.

—Es lo más probable. Lulú, tú tienes medios para averiguar las cosas. Procura enterarte.

Discretamente, Staynn sacó dos billetes de a cien y los hizo pasar a la mano de la mujer.

—Llámame pronto con noticias —pidió.

—Descuida, Frank.

—Y no sabes nada. Lo sabrás, cuando los periódicos publiquen la noticia.

Ella hizo un signo de aquiescencia.

—Vete tranquilo —dijo.

Staynn salió a la calle, furioso interiormente. El medallón había pasado a manos de Sally Britt, no cabía la menor duda. Pero ahora estaba muerta y alguien se había llevado la joya mortífera. ¿Quién diablos era el actual poseedor del medallón del Borgia?

Capítulo VI

—VOY a recibir una visita —anunció Staynn al día siguiente—. No hables absolutamente para nada. Oyes, pero eres muda, ¿entendido?

Mabel asintió.

—Sí —contestó.

—Quiero que estés presente en la entrevista, porque, no sólo puedes adquirir conocimientos útiles, sino que tal vez después puedas indicarme algo interesante. Por ahora, prefiero no decirte nada, para que no adquieras prejuicios sobre el caso. —Entendido. Frank, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro.

—Llevamos ya casi ocho semanas. ¿Cuándo... terminarás conmigo?

—Por lo menos, faltan cuatro todavía —respondió él—. De todas maneras, mañana haremos una pequeña prueba. ¿Te gustaría asistir a una exposición de obras de arte? —Me encantaría —sonrió Mabel—. Algunas veces, he oído hablar de esas cosas, pero me parecía que sucedían en otro planeta.

—Tengo en casa muchos libros de arte. Supongo que habrás hojeado alguno.

—Bastantes. Es... terriblemente atractivo... Frank, ¿cómo podían existir todas esas cosas sin que yo estuviese enterada?

Staynn meneó la cabeza.

—Las obras de arte, de una forma u otra, han existido desde siempre. Sólo que a muchos no les interesan en absoluto... salvo como mercancía con la cual trafican.

—Vendedores de cuadros y estatuas.

—Y mercaderes y traficantes que actúan ilegalmente. Pero no hablemos más de este asunto; mi amigo está a punto de llegar.

—Sí, iré a arreglarme un poco... Frank, ya he acabado *Pygmalión*.

Staynn la miró intensamente.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Muy bonita..., aunque no tiene nada que ver con la realidad —respondió Mabel.

Staynn ocultó una sonrisa.

—Te conviene leer también algo sobre mitología —dijo—. Otro rato te buscaré el pasaje donde aparece la primitiva leyenda de

Pygmalión, rey de Chipre, y no el protagonista de ese libro.

—Sí, me gustaría, Frank.

Diez minutos más tarde, llegó el visitante que Staynn aguardaba. Era un hombre bajo, regordete, medio calvo y con unos lentes con cristales de medio dedo de gordo, pero tremendamente vital y extrovertido. El individuo palmeó desafortadamente las espaldas de Staynn, hizo un chiste acerca de su nombre completo y luego le preguntó por los motivos de su llamada.

Mabel entró antes de que el joven pudiera contestarle. El visitante vio a la muchacha, se quitó los lentes, sacó un pañuelo, echó aliento a los cristales y se puso a limpiarlos furiosamente.

—O yo veo visiones o estos cristales son mágicos... Pero esa belleza no puede ser real —dijo—. Lo hace mi imaginación; no existe en el mundo una mujer tan hermosa.

Staynn se echó a reír.

—Es de carne y hueso —contestó—, Mabel, te presento al doctor Edwin Berries. Ed, ella es Mabel, mi prima. Ha venido a pasar unos días en Nueva York.

Berries se fue hacia la joven y agarró una de sus manos.

—¡Dios mío, sí, es real! —exclamó—. Y yo que creía soñar... —Se volvió hacia el joven—. Frank, ¿de dónde la has sacado?

—Su madre y la mía son hermanas, pero ella vive en Omaha.

—Oh... Y ahora la tienes aquí... —Berries volvió a mirarla—. Encanto, si este sujeto te molesta, dímelo y lo enviaré al infierno ahora mismo. Luego tú y yo nos iremos a... a una isla desierta, donde nadie impedirá que nos amemos como Adán y Eva... ¡Frank, pero está callada! ¿Por qué no habla?

—No puede, Ed. Es muda.

Berries abrió la boca estúpidamente.

—De...monios...

—Oye perfectamente, pero no es capaz de articular una sola palabra —mintió Staynn—. Un trauma, en su niñez, la privó del habla.

—Frank, yo conozco a un gran especialista, que podría...

—Yo también tengo el mío y ella lo visitará muy pronto. Pero sentémonos y hablemos en serio.

—Sí, claro, lo que tú digas... —Berries volvió a mirar a la muchacha—. Si pudiese hablar, tendría la voz de campanillas de plata.

Mabel apretó los labios para sonreír, por no soltar una carcajada. Luego, silenciosamente, preparó bebidas para los dos hombres y, tras servirlos, se sentó modosamente en una silla.

—Ed —dijo Staynn al cabo de un rato—, tú, aparte de tu inveterada afición a todo lo que lleva faldas...

—No, eso es incierto. Jamás he perseguido a un escocés —

contestó el doctor Berries—. Llevan faldas, pero no son de mi agrado.

—Bueno, yo me refería al sexo débil. Pero aparte de esa afición, eres un gran toxicólogo. Una autoridad mundial en la materia, vamos.

Berries carraspeó.

—Bueno, sin inmodestia puedo asegurar que... En fin, entiendo bastante. Pero ¿a qué viene esa pregunta, Frank?

—Ed, dime, ¿puede un veneno conservar su toxicidad durante cuatrocientos años?

—No, rotundamente no. —Berries se lanzó a continuación a una especie de conferencia sobre química, que duró cinco minutos largos—. En general, los venenos tienen un origen orgánico y el tiempo los oxida y descompone, haciéndolos inocuos, cuando no desaparecen por lo que, de un modo vulgar, podría definirse como consunción.

—Es decir, ese veneno ha tenido que ser elaborado recientemente o, todo lo más hace pocos años.

—Exactamente, pero ¿adónde quieres ir a parar? ¿Acaso piensas matar a alguien?

Staynn se echó a reír.

—Tranquilízate, Ed —contestó—. Solamente deseaba obtener informes de primera mano, sobre un poderoso tóxico que causa la muerte en contados segundos.

—El cianuro es muy rápido —dijo Berries pensativamente.

—No se trata de cianuro, sino de un compuesto en el que entra principalmente el curare. Este es un tóxico de acción muy rápida, pero la sustancia que le han añadido activa aún más su velocidad letal.

—Me gustaría conocer esa composición, Frank.

—Entonces, ve al forense. Está investigando unos casos de muerte por envenenamiento producido por esa sustancia misteriosa, mediante un pinchazo que ha hecho penetrar el veneno en el torrente sanguíneo.

Berries miró oblicuamente a su amigo.

—Frank, por lo que yo sé, tú no sueles mezclarte en casos de asesinato —dijo, receloso. —Muy cierto —convino Staynn—, pero en esta ocasión se han producido ya nada menos que tres muertes... y ello a causa de una joya robada, de cuya recuperación he sido yo encargado.

—Ahora lo comprendo... en parte.

Staynn palmeó las espaldas de su amigo.

—Es todo lo que necesitas saber —sonrió—. ¿Otra copa?

Berries volvió los ojos hacia la joven.

—Otra como tu prima..., pero que hable —respondió.

—Lo siento, pero está casada y, ahí donde la ves, tan jovencita, ya tiene media docena de críos.

—¡Jesús! —se espantó el toxicólogo—. Media docena... Habrán venido por parejas. —No, por tríos. Dos partos triples, Ed.

—No hay nada más increíble que la naturaleza —murmuró Berries. Estrechó la mano de Mabel—. Ojalá recobre el habla muy pronto.

Ella asintió en silencio. Cuando el toxicólogo se hubo marchado, emitió una larga carcajada.

—Frank, eres un maldito embustero, pero un magnífico «diplomático» —exclamó. —Diplomático —corrigió él—. ¿Has oído lo que hemos hablado?

—Todo. ¿Te preocupa el medallón?

—Más de lo que te imaginas. Sin embargo, no puedo hacer nada, por el momento, así que vamos a concentrarnos en lo que nos interesa. Habíamos hablado antes de asistir a una exposición de arte, ¿lo recuerdas?

—Sí, en efecto. Mañana, creo.

—Eso es. Iremos juntos y tú seguirás siendo muda. Lizzy Coburn vendrá para ocuparse de tu atavío, a fin de que vayas adecuadamente vestida para la ocasión. Y estableceremos un sencillo código, para que pueda expresar tu admiración o disgusto por las obras expuestas. Bueno, disgusto no es la palabra exacta. Más bien será indiferencia; no es cortés hacer ver que tal o cual obra de arte nos desagrada.

—Voy comprendiendo. Tendré que hacer gestos...

—Muy comedidos, perceptibles, pero sin extremosidades. En tu expresión habrá tres grados: indiferencia, admiración sencilla y gran admiración. ¿Vas entendiendo?

Mabel sonrió.

—Cuando termine mi educación, seré una experta en arte —dijo.

—Y en otras muchas cosas —añadió Staynn.

De pronto, se sintió desazonado al recordar lo que le había dicho Lizzy días antes. ¿Podría soportar Mabel la decepción que le supondría volver de nuevo a su sórdido ambiente? ¿No le causaría un trauma mucho mayor que el sufrido en su horrenda infancia?

Pero era una joven de gran inteligencia y dotes naturales, que aprendía pronto y sin necesidad de demasiadas lecciones. Cuando todo hubiese terminado, encontraría una buena colocación, que le permitiría alejarse para siempre de los lugares en que había vivido hasta entonces.

Ella observó el cambio de expresión y se sintió preocupada.

—¿Te pasa algo, Frank?

—No, nada —sonrió él—. Anda, vamos a comentar la exposición que visitaremos mañana. Te gustará, créeme.

El cuadro estaba partido en dos mitades, azul y amarilla. En la amarilla, se veía un palito vertical, prolongado a partir de la base en una línea oblicua que cruzaba el cuadro casi por completo. Mabel, exquisitamente ataviada, sacó de su bolso de piel de cocodrilo unos impertinentes y contempló la tela desde cierta distancia, con aire de entendida en la materia.

La indumentaria de la joven era sencilla, pero de gran elegancia. A su lado, Staynn vestía traje azul oscuro, con corbata color vino y una camelia blanca en el ojo de la solapa. Llevaba también guantes de piel de Suecia, sombrero de alas abarquilladas y un bastón con puño de marfil.

De pronto, un hombre se acercó a la pareja. Era alto, más aún que el joven, de rostro purpúreo y vientre ya prominente. Vestía afectadamente una chaqueta color rojo fuego y llevaba una enorme boina blanca de piel. La chaqueta, aunque abrochada, permitía ver un estremecedor chaleco a cuadros escoceses. La camisa con grandes encajes, tenía botonadura de diamantes.

—¿Les gusta, señor Staynn? —preguntó el individuo—. Es una de las mejores obras de Ennio Cipphi. La ha titulado *Hombre aislado*, y me parece que el título es enteramente adecuado al tema. El cielo, la tierra... y un ser humano perdido en una inmensa llanura, a solas con él y su subconsciente. Pero observo que ha venido acompañado..., muy bien acompañado, diría yo —añadió sonriendo, a la vez que volvía los ojos hacia la muchacha.

—Oh, sí... Se trata de mi prima Mabel. Ha venido desde Arkansas. Es profesora de Arte en la Escuela Secundaria y, al saber que iba a visitar su exposición, me pidió que la trajera conmigo. Mabel, te presento al señor Harlan Penbrough, dueño de la galería de arte. Señor Penbrough, mi prima Mabel.

El hombre tomó la mano de Mabel y la miró fijamente.

—Señorita, he oído hablar de arte, pero nunca supe lo que era, hasta conocerla a usted —dijo cálidamente—. Usted «es» Arte, así, con mayúscula y sin ningún adjetivo... porque no hay ninguno que pueda reflejar siquiera pálidamente las sensaciones que se perciben al conocerla.

Mabel sonrió suavemente y movió un poco la cabeza. Staynn alzó la mano.

—Ah, señor Penbrough, tendría que disculpar a mi prima. Se encuentra en tratamiento de una afección a la garganta y su médico le ha prohibido que hable durante un par de semanas. Lo siento muchísimo...

—Cuando este ángel hable, habrá que lamentar que Juan Sebastián Bach esté muerto hace muchísimos años —dijo Penbrough con su fantasía inagotable—. De haberla conocido, habría compuesto una cantata que todos los habitantes de la Tierra entonarían como homenaje a la Belleza Total.

Staynn sonrió.

—En nombre de mi prima, muchas gracias, señor Penbrough. Nadie como usted para expresar líricamente los elogios que se dedican a una persona.

El dueño de la galería de arte sonrió también.

—Amigo Staynn, confío en que el diagnóstico médico sobre su prima sea certero, porque me gustaría oír su voz dentro de tres semanas, cuando dé mi fiesta anual, a la que ambos están invitados desde ahora —dijo—. ¿Puedo contar con su asistencia?

—Seguro —respondió el joven.

Penbrough retenía aún la mano de Mabel. Se inclinó ostentosamente y la besó. Luego se alejó a grandes zancadas, hacia una dama llena de pieles y joyas que le hacía señas disimuladas con la mano.

—¡Uf! —dijo Mabel segundos más tarde—. Creí que ese hombre iba a comerme viva... ¿Te has fijado en su mirada?

—Es su expresión habitual —contestó Staynn. Bajó la voz—. El cuadro *Hombre aislado* es una porquería —añadió.

—Eso me parecía a mí, pero como él dijo... —Mabel se estremeció—, Frank, su mirada —insistió.

—¿Cómo? —dijo él, extrañado,

—¿No has oído hablar de personas que tienen fuego en los ojos? Cada vez que Penbrough me miraba, creía que me iba a abrasar viva. Una vez, vi una película y el protagonista, una especie de vampiro, mataba a sus víctimas sólo con mirarlas intensamente...

Staynn rió suavemente, a la vez que asía el brazo de la joven.

—Eso es que le gustaste, Mabel —dijo—. Y es, precisamente, lo que yo quería.

—No entiendo... Frank, ¿estás haciendo de alcahuete para mí? —se indignó Mabel.

—Hasta cierto punto, sí —respondió Staynn sin inmutarse—. En realidad, lo que yo andaba buscando es que nos invitase a su fiesta anual y lo he conseguido. Era muy importante, ¿comprendes?

—No —dijo ella secamente.

—Lo comprenderás dentro de un par de días, cuando reciba... lo que estoy esperando y que no puede demorarse ya por mucho tiempo —contestó él enigmáticamente.

Capítulo VII

CON gesto melodramático, pero, al mismo tiempo, de afectada indiferencia, Rock Morris lanzó el medallón sobre el mostrador, tras el cual se encontraba un sujeto de mediana edad y ojos vivaces, ocultos en parte por unas antiparras de cristales medios. Morris sacó a continuación un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo, mientras el prestamista, Abe Kopff, contemplaba la joya.

Pasado un minuto, Kopff levantó la cabeza y miró a su visitante por encima de los cristales.

—Dos mil —dijo.

Morris hizo un gesto negativo.

—No me conviene —respondió—. Dos mil es el precio de la piedra más pequeña y hay unas cuantas. Me llevaré la joya; Nick Vernon me los pagará sin rechistar...

Kopff se dio cuenta de que se le esfumaba un buen negocio y puso la mano sobre el medallón, antes de que su dueño lo recuperase.

—Vamos a mi despacho —propuso—. Allí hablaremos con más tranquilidad, Rock.

—De acuerdo, Abe, pero ten en cuenta que no me gustan las jugarretas. Tengo un «treinta y ocho» en el bolsillo, ¿entendido?

—Siempre soy honrado en mis tratos —se defendió el prestamista.

—Sí, claro; sueles pagar diez por lo que vale doscientos...

—Pero si digo diez, no doy luego nueve, como hace Vernon. Ven, sígueme.

Kopff puso el cartelito de CERRADO en la puerta de la tienda y luego se encaminó a su despacho, en donde, con un antejo de relojero, examinó la joya atentamente. Al cabo de un buen rato, se quitó el antejo y volvió a ponerse las antiparras.

—¿De dónde has sacado esto, Rock? —preguntó.

—Me lo dio un marciano —contestó Morris desenfadadamente.

Kopff suspiró.

—Siempre serás el mismo... Tendré que machacar el oro y hay relativamente poco. Lo que más vale son las piedras preciosas. He contado doce brillantes y quince esmeraldas. Doscientos por cada piedra y no se hable más, Rock.

—Trescientos.

—Doscientos cincuenta.

—¡Trato hecho!

Morris pensó un momento en la anterior propietaria de la joya, muerta misteriosamente, pero la visión de los casi siete mil dólares que le iba a dar el prestamista, le hizo olvidarse inmediatamente de La Candente. Conteniendo el aliento, vio a Kopff abrir su caja fuerte y sacar un enorme fajo de billetes, que empezó a contar en el acto.

—Aquí está el dinero —dijo el prestamista minutos más tarde.

—Si no te importa, comprobaré si me pagas la suma exacta.

—Claro, claro...

Morris empezó a contar los billetes. Mientras, Kopff se había provisto de un martillo de joyero y un pequeño escoplo, con el que empezó a golpear el medallón, a fin de arrancar a su engaste una de las gemas que lo adornaban.

El escoplo resbaló inesperadamente y la mano de Kopff golpeó el medallón. Kopff lanzó un pequeño grito de dolor.

—¿Qué sucede? —preguntó Morris.

—Nada, un pequeño pinchazo...

Kopff agarró el martillo nuevamente y lo levantó en alto. De pronto, torció la boca.

Morris respingó. Los ojos del prestamista bailaron en sus órbitas. El martillo y el escoplo se desprendieron de sus dedos repentinamente sin fuerza.

Unos segundos más tarde, emitió un débil quejido y se desplomó al suelo, pataleando convulsivamente. Morris dio un salto de pavor.

—Pero ¿qué diablos le pasa a este tío?

El prestamista dejó de moverse muy pronto. Morris sacó el pañuelo y se limpió el sudor de la frente.

Al cabo de unos segundos, se rehízo. Guardó los billetes en un bolsillo y se apoderó del medallón. Cuando se le acabase el dinero, pensó, iría a visitar a Nick Vernon, el otro prestamista conocido suyo. Mientras tanto, procuraría no ser relacionado con la muerte de Kopff.

—Era ya viejo y el corazón ha debido de fallarle —se dijo, cuando salía de la tienda, procurando adoptar el aire de una persona que no ha roto un plato en su vida.

* * *

Suavemente, Staynn puso las manos sobre los hombros de Mabel y la hizo sentarse en una butaca. El quedó en pie, tras un proyector cinematográfico, encarado a una pantalla de dos metros de lado y situada a la distancia conveniente. Luego apagó las luces y puso el proyector en marcha.

Harlan Penbrough apareció en la pantalla de inmediato. Mabel le

vio charlando con diversas personas, en distintos lugares y siempre con una indumentaria diferente. Pero en todas las ocasiones, apreció, llevaba chaleco.

De pronto, en una de las secuencias, Penbrough se desabrochó la chaqueta y el tórax quedó al descubierto. Mabel apreció una gruesa cadena de oro que cruzaba el chaleco y de la que pendía un extraño objeto.

La cámara hizo un *zoom* de aproximación y el extraño objeto aumentó de tamaño hasta casi llenar la pantalla. Entonces, Staynn inmovilizó la película.

—Mabel, fíjate en eso. ¿Qué ves?

—Una llave —respondió la muchacha—. Muy extraña, de una forma sumamente rara, como nunca había visto hasta ahora.

—Sí, es muy extraña —convino él—. Y esa llave es tu objetivo.

Mabel volvió la cabeza.

—Creo que empiezo a comprender —sonrió—. Quieres que le robe la llave.

—No, lo echaríamos todo a perder. Penbrough no se separa de la llave ni siquiera en el baño. Cuando va a bañarse, se la cuelga del cuello y hasta duerme con ella.

—¿Entonces...?

—Te lo explicaré.

Staynn encendió las luces.

—Hemos sido invitados a la fiesta anual que da Penbrough y en la que, de costumbre, suele enseñar a sus huéspedes las últimas adquisiciones de obras de arte que ha hecho durante el año. Penbrough es un individuo tremendamente receloso y desconfía de todo y de todos, pero tiene un punto flaco: las mujeres hermosas.

—Dije que ibas a hacer de alcahuete para mí y no me equivoqué —se lamentó la muchacha.

—Aguarda un momento, no te precipites en tus juicios, Mabel —rogó el joven—. Sé que lo que voy a pedirte no es demasiado agradable, pero quiero que lo hagas, aunque padezcas un poco. Un día, sin embargo, comprenderás los motivos de mi petición. Hoy no puedo ser más explícito y te ruego sepas disculparme.

—Está bien, pero si no tengo que robar la llave, ¿qué es lo que debo hacer? —preguntó Mabel, desconcertada.

—Te daré un trozo de cera especial y tomarás un molde de esa llave. Sin que él se dé cuenta, por supuesto.

Ella entornó los ojos.

—Creo que entiendo —musitó.

—Lo celebro. Pero, a fin de que no falles, te entrenaré para tomar moldes de una llave bastante parecida, aunque no lo suficiente para

abrir la cerradura que me interesa. —Seguramente, guarda alguna obra de arte de gran valor.

—Es la llave de un perfectísimo sistema de alarma. Sin esa llave, no se puede hacer nada —dijo Staynn.

—Oh... Pero luego habrá una caja fuerte...

—Luego hay una puerta blindada, no fácil de abrir, aunque tampoco imposible, ni mucho menos. El problema estriba en el sistema de alarma, Mabel.

Hubo un momento de silencio. Luego ella le miró intensamente.

—Frank, quiero que me digas una cosa —solicitó.

—Por supuesto —accedió él.

—Yo soy una ladrona... En fin, para qué negar la «evidancia»...

—Evidencia —sonrió Staynn.

—Déjate de «corracciones» —se sulfuró la muchacha.

—Mabel, eres profesora de Arte. Tienes que hablar educadamente, aunque sin pedantería. Se dice «evidencia» y «correcciones».

—Muy bien, como quieras. Estábamos en que soy una ladrona. Pero tú no lo eres: tienes un «Cadillac», un apartamento de ensueño, un criado... ¿Por qué quieres robar a Penbrough?

Staynn sonrió sibilinamente.

—¿Conoces el viejo refrán? «Quien roba a un ladrón...»

—¡Bah, eso son fábulas! —exclamó Mabel, muy sulfurada—. El que roba a un ladrón es otro ladrón

—Entonces, no quieres ayudarme.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy adquiriendo cierta educación, una cultura, buenos modales... De alguna manera tengo que pagarte eso —respondió.

—Gracias, encanto.

—Pero dime una cosa. Imaginemos que tomo el molde y consigues la llave. ¿Cómo llegarás después a..., adonde sea?

—Ah, eso ya es cuenta mía. Tu labor es la ya indicada y no tienes que preocuparte de más, sino de seducir a Penbrough, al menos, durante un par de minutos.

—Ya —murmuró ella—. El día de la fiesta anual.

—Exactamente.

Mabel frunció el ceño.

—Oye, esa película te habrá costado bastante, me imagino.

—Un poco.

—¿La filmaste tú?

—Tengo otros colaboradores. Son muy discretos.

—Esa es una forma muy clara de decirme que no meta las narices

donde no debo, ¿verdad?

—En lenguaje vulgar, así es, Mabel.

—¿Y... en lenguaje fino?

—Sé hermosa, pero discreta.

Ella sonrió y su rostro apareció con una nueva luz.

—¿Qué eres tú? —preguntó—. ¿Pygmalión o el doctor Frankenstein? Porque ambos crearon sendas criaturas...

—Pygmalión creó una estatua de gran belleza y Frankenstein un monstruo. Pero a ti te creó el mejor escultor del Universo.

—¿Quién es? No le conozco, Frank.

—Dios.

Los ojos de Mabel se humedecieron.

—Eres muy bueno, Frank —dijo.

Hubo un instante de silencio. El encanto fue roto inesperadamente por la aparición de Antonio.

—Señor... —El criado carraspeó—. Dispense el señor, pero una tal Lulú quiere que vaya a verle urgentemente.

Staynn volvió a la realidad.

—Sí, ahora mismo —dijo—. Mabel, tienes que disculparme; he de salir ahora mismo.

—¿No podría acompañarte? —preguntó la muchacha—. Me siento aquí «enclostrada»...

—Enclaustrada —rió él—. Pero no, no puedes; hasta que no hayamos terminado, debes seguir en casa y salir únicamente cuando yo te lo permita. ¿Antonio?

—¿Señor? —dijo el criado.

—Busca el tomo cuarto de la *Historia gráfica del Arte*, y dáselo a la señorita. Mabel, estudia ese libro; te conviene empaparte de su contenido para el día en que vayamos a la fiesta anual de Penbrough.

Mabel suspiró, a la vez que se llevaba la mano a la sien.

—¡A la orden, señor!

Capítulo VIII

—HE tenido que gastarme cuarenta dólares —dijo Lulú, sin más preámbulos.

Impasible, Staynn sacó dos billetes de cincuenta y los puso disimuladamente sobre el mostrador.

—Habla —pidió.

—Ciento veintiséis Oeste, ochocientos treinta, tercero, letra D.

—¿Estará él ahora en casa, Lulú?

La dueña del local se encogió de hombros.

—Si no está, tendrás que esperarle —repuso.

—Gracias.

Staynn se dispuso a marcharme, pero Lulú movió ligeramente una mano.

—Aguarda. Hay algo más.

El la miró inquisitivamente. Lulú se acodó en el mostrador y bajó la voz.

—Aquí sucede algo raro —murmuró—, ¿Recuerdas? Me preguntaste por Sally *la Candente*. Murió y un hombre estuvo con ella y, seguramente, la vio morir, lo cual no quiere decir que la matase.

—De acuerdo. ¿Qué más?

—El hombre era Morris. Hace dos días, Morris estuvo hablando con un tal Abe Kopff, prestamista de la calle Ciento diecinueve. Kopff ha muerto también.

—¿Supones que Morris es el causante de las dos muertes?

—No supongo nada. Te lo digo para que saques tus propias conclusiones.

—¿Qué hacía Kopff?

—Era prestamista. La policía encontró abierta su caja fuerte. Faltaba una importante suma de dinero.

—¿Sabe la policía algo de Morris?

—No lo creo. Averígualo tú.

Staynn hizo un gesto afirmativo y palmeó una de las manos de la mujer.

—Gracias, Lulú.

Salió del bar y se colgó un cigarrillo de los labios. Una rubia, estrepitosamente pintada, se le acercó, con gran contoneo de caderas.

Staynn hizo chasquear un fósforo y arrimó la llama al cigarrillo. Ella se lo quitó con dos dedos.

—Estás aburrido, buen mozo —dijo, echándole el humo a la cara—. ¿Por qué no vienes un rato conmigo? Conozco muchas formas de distraer a un hombre.

—¿Admites tarjetas de crédito? —preguntó Staynn.

La rubia contestó una procacidad y se alejó. Staynn encendió otro cigarrillo. Profundamente pensativo, echó a andar a lo largo de la calle, diciéndose que lo mejor sería aguardar a Morris en su propia casa.

Una extraña cadena, se dijo. Primero había muerto Edgar Ambrose. Zeke Dovan, el ladrón de la joya, había sido la siguiente víctima. El número tres de aquella fatídica cadena de muertes correspondía a Sally Britt. A Kopff le había tocado el cuatro. ¿Habría más muertes antes de que consiguiera recuperar el medallón?

Pero aún había otro enigma mucho más intrigante. Si el veneno primitivo había perdido su eficacia al cabo de cuatrocientos cincuenta años, ¿quién había puesto un veneno «fresco» en el medallón? ¿Y con qué objeto?

Sería cosa de hablar con Melissa Vaughan y preguntárselo directamente. De pronto, tuvo la sensación de que Melissa sabía mucho más de lo que le había dado a entender en su primera entrevista.

* * *

A grandes pasos, muy nervioso, mirando continua y furtivamente en todas direcciones, Morris caminaba hacia su casa, lleno de aprensiones, aunque, por otra parte, sumamente contento por haberse echado al bolsillo un buen puñado de dólares.

Por el momento, se decía, tenía su vida resuelta. Más adelante, cuando se acabase el dinero que había conseguido en la tienda de Kopff, vería de vender el medallón a alguien que le pagase un buen precio.

El medallón estaba en el bolsillo derecho de su chaqueta. Morris no se fiaba de la gente que vivía en su misma casa; conocía demasiado bien a la vecindad para no saber que corría el riesgo de ser robado cuando menos podía imaginárselo. El apartamento que había alquilado tenía las paredes de papel y no había un sitio medianamente decente para poder esconder la joya.

Incluso llevaba el dinero consigo. Se había comprado un cinturón monedero y los billetes estaban en el forro interior, pegados al cuerpo. A menos que le asaltasen durante el sueño... Pero también tenía una pistola y sabía manejarla como el mejor.

De pronto, al pasar por un oscuro callejón, sintió unas manos que tiraban de él, asiéndole por el brazo izquierdo. Antes de que pudiera reaccionar, se encontró sumido en las tinieblas.

Una navaja se apoyó en su cuello. El asaltante habló con voz amenazadora:

—Rock, dame la «pasta» o te degüello.

Morris respingó. Forzó la vista y consiguió distinguir algunos rasgos de la cara de su atacante. Aquellos ojos saltones...

—Maldición, Rana —dijo—. Tenías que ser tú...

La punta de la navaja aumentó su presión.

—Sí, soy El Rana. ¿Y qué? Sé que estuviste con Kopff y que vaciaste su caja fuerte. Nunca tenía allí menos de veinte mil pavos. Te llevaste la mitad, por lo menos. Dame la «pasta» o me chivaré a la «poli».

—¿Serías capaz?

—¿Lo dudas, Grajo?

Morris inspiró con fuerza. Dan Culp, alias *el Rana*, tenía la navaja como arma intimidatoria, simplemente. No era hombre capaz de «pincharle», aunque, por supuesto, no pensaba correr ningún riesgo. El cebo del dinero era harto tentador como para que El Rana no pudiera cambiar por una vez sus hábitos.

—Está bien, está bien —dijo al cabo—. Te daré la «pasta»... La tengo aquí, en el bolsillo...

—Eso ya está mejor —dijo Culp, satisfecho.

Morris metió la mano en el bolsillo y tanteó suavemente para coger el medallón en la forma apropiada. Ahora ya sabía cuál era el secreto de la joya. Si Culp no hubiese mencionado a la policía, habría buscado la forma de zafarse de él, mediante el halago o tal vez con unos cientos de dólares...; pero no podía correr el riesgo de que Culp se «chivase», cuando hubiese acabado el dinero que solicitaba.

Sacó la mano y golpeó con todas sus fuerzas la mejilla del asaltante, a la vez que se echaba a un lado. Culp lanzó una blasfemia, a la vez que se tocaba la región afectada por el pinchazo.

—¡Cerdo! ¿Qué me has hecho? —preguntó.

Morris echó a correr hacia la oscuridad. Era un gesto deliberado. No quería que nadie viese caer a Culp en una zona iluminada. El Rana cayó en la trampa y corrió tras él, blandiendo la navaja ominosamente.

—Espera, condenado hijo de perra...

De pronto, pareció tropezar con algo y cayó de rodillas al suelo.

—Rock, me arde la cara... —gimió.

Situado en el rincón más oscuro del callejón, Morris contempló fríamente la breve agonía de su atacante. Dan Culp dejó de moverse

muy pronto.

Entonces, Morris hizo una profunda inspiración. Con gran cuidado, volvió el medallón al bolsillo, procurando que la parte más abombada quedase hacia el exterior. Dio unos pasos, rodeó el inmóvil cuerpo de Culp, se ajustó mecánicamente la chaqueta y, silbando entre dientes una vieja melodía, salió a la luz.

En aquel momento, tomó una decisión. Inmediatamente, abandonaría el apartamento y se buscaría otro alojamiento. Se había hecho demasiado conocido en la zona y era preciso evitar inconvenientes en lo sucesivo.

Morris caminó, ahora con paso firme, sin darse cuenta de que alguien, convertido en una sombra apenas visible, seguía todos sus movimientos.

* * *

De repente, cuando ya estaba a una manzana de su punto de destino, Staynn oyó un agudo chillido:

—Está muerto; ¡Muerto!

Staynn se detuvo en el acto. Una mujer, gritando como una loca, salió del callejón inmediato. Varios clientes de un bar cercano salieron en el acto y corrieron hacia el lugar indicado por la mujer.

La mano de Staynn se disparó y atenazó el brazo femenino. El joven presentía algo nada favorable para sus intereses.

—¿Quién es el que está muerto? —preguntó.

Ella le miró con ojos extraviados.

—El Rana... Está ahí, caído... Yo había ido a tirar unos zapatos viejos a uno de los cubos de la basura y vi el bulto caído en el suelo... Encendí un fósforo y...

—Ha debido de darle un ataque al corazón —gritó alguien en el interior del callejón.

—¿No le habrán roto la cabeza? —dijo otro—. El Rana era muy aficionado a meter a la gente en sitios oscuros, para robarles a punta de navaja... Algunos dan muchos chascos...

—Yo le vi siguiendo a Morris —añadió un tercero—.

A Morris le sobraba la «pasta» estos días, pero es un tío con muy malas pulgas.

Staynn soltó inmediatamente a la mujer, que aprovechó para escapar como perseguida por el demonio. El nombre de Morris había atraído inmediatamente su atención.

Entró en el callejón, con un cigarrillo colgado descuidadamente de los labios. Alguien había encendido un fósforo. Staynn pudo apreciar el rostro del sujeto, caído boca arriba. En el lado izquierdo de

la cara, sobre el pómulo, se advertía la roja gotita de sangre que había brotado tras el pinchazo.

Discretamente, dio media vuelta y se alejó, cuando ya se percibía el ululante sonido de una sirena policial. Con el cigarrillo humeante y las manos en los bolsillos, se encaminó hacia la casa de Morris.

«Otro muerto más. Ese medallón es una especie de asesino viajero», pensó. Tendría que quitárselo a Morris como fuese, se propuso firmemente.

* * *

Con febriles movimientos, Morris arrojó algunas prendas de ropa a la maleta que tenía abierta encima de la cama. Luego fue al baño y recogió apresuradamente algunos costosos elementos de aseo que había comprado aquella misma mañana. No tenía por qué perder la flamante maquinilla de afeitar, ni la loción italiana, ni...

De pronto, creyó oír ruido de pasos en la sala. Alarmado, volvió la cabeza y alargó el cuello.

Escuchó durante unos segundos. Luego rió entre dientes. Había sido una ilusión suya. Estaba demasiado nervioso, se dijo, mientras reanudaba la operación.

Con las manos llenas de objetos, volvió al dormitorio. Entonces fue cuando vio al sujeto parado en el umbral de la puerta que comunicaba con la sala.

El individuo vestía cazadora de cuero negro y pantalones del mismo color, con grandes gafas oscuras. En la mano tenía una pistola con silenciador.

—¿Qué..., qué quiere usted? —preguntó Morris, sintiendo la boca repentinamente seca. —Tienes algo que me interesa —dijo el desconocido.

—No..., no sé de qué me está hablando. —Morris emitió una risita forzada—. Soy pobre...

Interiormente, maldecía por no poder sacar el revólver. Pero sabía que el otro no le daría tiempo.

—Lo sabes demasiado, pero no se lo dirás a nadie —habló el sujeto con glacial acento.

De pronto, la pistola escupió un tenue chispazo. Morris dio un salto hacia atrás y lanzó a lo alto todos los objetos de tocador. Cayó sentado junto a la cama y se llevó maquinalmente la mano al bolsillo derecho de la chaqueta.

El asesino hizo fuego de nuevo. Morris sufrió una terrible convulsión y quedó tendido de costado.

La pistola desapareció en el interior de la cazadora. Luego el

sujeto se acercó a Morris, se arrodilló a su lado y, con las manos enguantadas, registró cuidadosamente sus ropas.

El medallón apareció bien pronto. Saltó un par de veces en la mano del sujeto y luego quedó oculto en un bolsillo de la cazadora. Pero el individuo no se sentía aún satisfecho.

Momentos después, examinaba el cinturón monedero. Una sonrisa de satisfacción distendió sus delgados labios.

—Ha sido un día bien aprovechado —comentó para sí.

Capítulo IX

CUANDO alcanzaba la casa de Morris, Staynn vio salir a un individuo al que conocía de tiempo atrás.

—Hola, competidor —saludó jovialmente.

El hombre se detuvo. Reconoció a Staynn y sonrió.

—Llevábamos tiempo sin vernos, colega —respondió—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, Haddo. ¿Cómo van tus asuntos?

—No puedo quejarme. Tal vez no sea tan famoso como tú, pero no me faltan clientes. —Eres bueno en el oficio, Haddo Sheehan —elogió Staynn—. ¿Algún asunto de importancia?

Sheehan le guiñó un ojo.

—¿Me dirás tú lo que haces por estos barrios, Frank?

—Tienes razón, Haddo —rió el joven—. Oye, ¿cuándo tomamos una copa juntos? —Llámame cuando quieras. Me reuniré contigo con mucho gusto.

—Está bien, Haddo. Suerte.

—Lo mismo digo, Frank.

Sheehan subió a su automóvil, que tenía estacionado a poca distancia, y arrancó de inmediato. Staynn lo contempló durante unos segundos. Luego giró en redondo y se metió en la casa.

Momentos después, llegaba a la puerta del hombre a quien buscaba. Sin molestarse en llamar, tanteó primero el pomo. Usaría ganzúas, si la puerta estaba cerrada con llave, pensó.

Pero no fue necesario. El pomo giró sin dificultad. Staynn cruzó el umbral y tanteó para buscar el interruptor de la luz. Desde allí, pudo ver el dormitorio, a través de la otra puerta abierta. También divisó una mano extendida en el suelo.

Cerró cuidadosamente a sus espaldas y avanzó paso a paso. Respiró con fuerza al captar la inmóvil figura de Morris, tendido de costado junto a la cama.

El hombre había muerto recientemente. Todavía manaba, aunque muy débilmente, sangre de sus heridas. El forro del bolsillo derecho de su chaqueta aparecía a la vista. Staynn supo así que no necesitaría buscar más; ya no encontraría el medallón.

Modosamente, Mabel le sirvió una copa y luego se sentó sobre sus talones, en el suelo, al pie de la butaca ocupada por el joven.

—Una vez más has llegado tarde —dijo, mirándole a los ojos.

Staynn tomó un sorbo de jerez y luego asintió.

—Así es —contestó.

—Ese medallón me da miedo —murmuró ella—. ¿Por qué no dejas el caso, Frank?

—Imposible.

—Si lo desearas vivamente, no resultaría imposible...

Staynn forzó una sonrisa.

—Mabel, me gusta vivir bien y eso cuesta dinero. Por otra parte, di mi palabra de encontrar el medallón; no me agrada incumplir mis promesas. Y, finalmente, cuando lo haya conseguido, cobraré cien mil dólares, más quinientos diarios por gastos.

Mabel silbó.

—Esa es una suma de dinero que no puedo imaginarme siquiera —exclamó—. Por tanto, el medallón debe de valer muchísimo, ¿no?

—Aparte del valor material del oro y de las piedras preciosas, es preciso tener en cuenta la antigüedad. Un millón de dólares es un precio demasiado ajustado, para su valor real. —Me voy a desmayar. Nunca había oído hablar de tanto dinero... Pero ¿existe gente capaz de pagar un millón por esa joya?

—Mabel, una cosa es que el medallón esté evaluado en un millón y otra es que haya alguien que quiera pagar esa suma. En el caso presente, tratan de conseguirla y no precisamente a base de dinero.

—Con sangre —murmuró ella estremeciéndose.

—Exacto. Llegué tarde por cinco minutos —dijo Staynn, pesaroso—. Si no me hubiese entretenido en aquel callejón...

—Quizá te habrías encontrado con el asesino y éste te hubiese pegado un tiro. Prefiero que hayas vuelto a casa... entero y vivo y coleando.

Staynn sonrió.

—Gracias, Mabel. Eres una chica maravillosa. ¿Cómo van tus ánimos?

—Estoy deseando que llegue el día de la fiesta —contestó ella vivamente—. Hoy me he entrenado con Antonio. En la última ocasión, he reducido el tiempo a catorce segundos y dos décimas.

—Un tiempo admirable —elogió Staynn.

—Pero creo que puedo rebajar la marca a menos de diez segundos. Y si Penbrough se entretiene demasiado... Oye, Frank, ¿qué harás cuando tengas el duplicado de la llave? Staynn la miró por encima de su copa.

—¿Te gustaría acompañarme?

—Nada deseo más, Frank —contestó ella apasionadamente.

—Consigue el molde en cera y vendrás conmigo —prometió el joven con solemnidad. Antonio entró en aquel momento.

—¿Señor?

Staynn volvió la cabeza.

—Dime, Antonio.

—Por fin he conseguido comunicación con la residencia de la señora Vaughan. La señora Vaughan tendrá mucho gusto en recibirle, mañana, a las tres en punto de la tarde,

—Muchas gracias, Antonio.

El criado se retiró. Mabel adelantó un poco el cuerpo y apoyó sus brazos en las rodillas del joven.

—¿Es guapa la señora Vaughan? —preguntó.

—Muchísimo. Pero le falta una cosa, aunque le sobre el dinero.

—¿Qué, Frank?

Staynn demoró la respuesta unos segundos.

—Lo que tienes tú —contestó enigmáticamente.

Mabel sonrió de una forma deliciosa.

—Eso significa que no debo cambiarme por ella.

—¡Ni por ninguna otra! —contestó Staynn con gran vehemencia.

* * *

Una elegante doncella recibió a Staynn al día siguiente, en la lujosa residencia de Melissa Vaughan. Staynn le entregó el sombrero, los guantes y el bastón, y luego avanzó hacia la sala donde le aguardaba la dueña de la casa.

Melissa se puso en pie al verle. Llevaba puesto un vestido muy aparatoso, de gran escote y abundante en tejidos que flotaban a cada uno de sus movimientos. Sonriendo hechiceramente, alargó sus manos hacia el visitante.

—Mi querido Frank —saludó.

—Melissa —dijo él.

Se interrumpió un instante y añadió:

—No es posible encontrar otra mujer tan bella como usted. Me lo venía preguntando durante el camino y acabo de encontrar la respuesta.

Melissa se esponjó, visiblemente halagada.

—No le falta labia. Frank —dijo—. ¿Quiere beber algo?

—Café, si no tiene inconveniente.

—Ninguno.

Melissa se acercó a una pared, tiró de un cordón y luego ordenó a

la doncella que sirviese café. A continuación, tomó asiento en un diván y palmeó el almohadón contiguo al suyo.

—Venga aquí, hombre famoso —invitó—. Estoy segura de que tiene buenas noticias que darme, ¿no es así?

—Lamento contradecirla. Todavía no he encontrado la joya.

Melissa arqueó las cejas.

—¿Cómo? —exclamó—. Un hombre tan sagaz y astuto, un detective del que se dice que jamás deja un caso sin resolver satisfactoriamente... ¿Es posible que venga a decirme que se considera derrotado? Y yo que le tenía preparado el cheque con la minuta de sus honorarios...

—Melissa, el caso no está aún resuelto, aunque no se puede decir que no lo solucione un día u otro. Pero he tenido un poco de mala suerte, debo confesarlo. Cada vez que estoy a punto de alcanzar la joya... otro se me anticipa y se la lleva.

—Eso es horrible. Es un medallón mortífero...

La doncella entró en aquel momento. Melissa se interrumpió para anunciar que ella serviría el café. Durante unos momentos, no hubo sino silencio en la estancia.

Staynn fue el primero en hablar. Dejó la taza vacía a un lado y miró fijamente a su bella anfitriona.

—Melissa, quiero que hablemos claramente —dijo.

—Estoy dispuesta, Frank —respondió ella.

—El medallón y su mecanismo...

—Tiene un aguijón mortal.

—Lo sé. Pero, aun cuando el mecanismo funcionase bien al cabo de los siglos, cosa más que dudosa, porque el metal se habría oxidado, el veneno, en cambio, ya no podría matar siquiera a un mosquito. Simplemente, habría desaparecido.

—La leyenda dice que el veneno dura eternamente —protestó Melissa.

—Es sólo una leyenda. Alguien ha reparado el mecanismo y puesto nuevo veneno. Nada menos que cuatro personas han muerto a causa de ese medallón.

Melissa se puso las manos en la cara.

—¡Dios mío! ¡Es horrible! Y yo que pensaba...

—Que era sólo una leyenda fantástica, pero que no podía ser realidad.

—Sí, eso es, Frank.

—Melissa, ¿a quién compró usted el medallón?

—Fue... en Florencia, en un pequeño museo muy poco conocido... Vi el medallón, me encapriché de él... Lo confieso, soborné al guardián.

—De nuevo tengo que contradecirla y esta vez no lo lamento. Usted no ha estado desde hace muchos años en Florencia.

El opulento pecho de la mujer palpitó con fuerza.

—¡Frank! ¿Cómo se atreve...?

—Soy un detective profesional. En determinados casos, por no decir todos, investigo un poco a mis clientes. Mi factura por recuperar el medallón le parecerá alta, sin duda alguna, pero no se imagina usted la cantidad de colaboradores e informadores que trabajan para mí y a los cuales, como es fácil de suponer, debo pagar adecuadamente. Por ese sistema, he sabido que hace nueve años estuvo en Florencia y sólo permaneció allí una semana. No estuvo el año pasado, Melissa.

—Bien, y aunque así sea, el medallón me pertenece...

—¿Seguro?

Ella enrojeció vivamente. De pronto, se puso en pie y fue hacia un escritorio de madera de sándalo, con incrustaciones de marfil.

—Dígame qué le debo por lo que ha hecho hasta ahora —exclamó secamente—. A partir de este momento, no necesito ya de sus servicios.

—Le enviaré la factura por correo —contestó el joven tranquilamente—. Pero creo mí deber asegurarle que puede evitarse muchos problemas, si me dice la verdad.

—Ya hemos hablado suficiente. ¡Salga!

Staynn apreció la terrible agitación que poseía a la mujer y sonrió.

—Usted robó el medallón —acusó.

—No es cierto...

—Lo robó, aquí, en el país, sin necesidad de sobornar al guardián de un pequeño, innominado e inexistente museo de Florencia. Con toda seguridad, el anterior dueño de la joya, la robó también. Por eso, ninguno de los dos se atreve a llamar a la policía.

Melissa pareció vacilar.

—Frank, ¿qué me pasaría si dijera la verdad? —preguntó, irresoluta.

—Perdería el medallón, pero recobraría la tranquilidad. Y, hablando sinceramente, ¿para qué quiere usted una joya tan maligna, cuando puede tener muchas otras, sin problemas y absolutamente inofensivas?

—¿No ha oído hablar nunca de las manías de los coleccionistas?

—Algunas manías pueden resultar funestas, Melissa.

—Es suficiente —cortó ella con frialdad. Escribió rápidamente y luego entregó un papel al joven—. Le pago el importe de los gastos, a razón de quinientos dólares diarios, según convinimos, a partir del día

en que aceptó encargarse de recuperar el medallón. Le relevo de esa obligación, señor Staynn.

El joven tomó el cheque, lo leyó unos instantes y, gravemente, lo guardó en el bolsillo. Luego, con no menor seriedad, sacó una agenda, arrancó una hoja de papel y escribió en ella unas cuantas líneas.

—Su recibo —dijo.

Acto seguido, se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, pareció como si olvidase algo y se volvió hacia la dueña de la casa.

—Señora Vaughan, ¿cuánto tiempo hace que enviudó usted?

—Un año, aproximadamente.

—¿De qué falleció su esposo?

Melissa se alteró terriblemente. Aun así, consiguió hacer un esfuerzo para contestar:

—Murió fulminado por un ataque cardíaco. Poseo un certificado médico que lo atestigua, si es que duda de mí...

—Muchas gracias, señora. Buenas tardes —se despidió Staynn.

Capítulo X

—SIEMPRE me he preguntado por qué Melissa me encargó recuperar el medallón y no quiso nunca denunciar el robo a la policía —dijo Staynn algunos días más tarde.

—Y, al fin, lo has averiguado —adivinó Mabel, con los ojos muy brillantes.

—Sí. A decir verdad, Melissa es una asesina.

Mabel se estremeció.

—Increíble —dijo.

Antonio entró con una bandeja. Mabel fue hacia él y se la quitó de las manos.

—Yo serviré el café —dijo, con hechicera sonrisa.

—Muchas gracias, señorita —contestó el criado.

Staynn estudió los ademanes de la muchacha y sonrió satisfecho.

—Creo que el esfuerzo ha merecido la pena —dijo—. Mañana serás una especie de bomba en la fiesta de Penbrough. Tienes la belleza de un hada y los modales de una reina. Causarás sensación, te lo aseguro.

—Gracias, pero estábamos hablando de Melissa Vaughan, creo recordar —manifestó la muchacha.

—Oh, es cierto, casi lo había olvidado. Bien, alguien prestó a Melissa el medallón, convenientemente reparado. El difunto señor Vaughan era también un maniático de ciertas obras de arte, en especial, las que ocupan poco volumen. Melissa le hizo reparar en el medallón.

—¿Y...?

—Ella consiguió que le prestasen el medallón, bajo el pretexto de tenerlo una temporada en casa y ver luego si a su esposo le convenía la compra. Entonces, un día, el señor Vaughan hizo funcionar inadvertidamente el resorte fatal.

—¿Y cómo no advirtieron que había muerto envenenado?

—Melissa «compró» el certificado médico a un individuo carente de escrúpulos, el cual ha muerto hace unos meses. Ese médico certificó que el señor Vaughan había muerto a consecuencia de un ataque cardíaco. Naturalmente, no hubo autopsia.

—¿Por qué asesinó ella a su marido?

—Adivínalo, encanto.

—Era un hombre muy rico y mucho mayor que ella.

—Exactamente. Pero, por desgracia, no tenemos pruebas que nos permitan formular una acusación en regla.

—Hay algo que no acabo de entender, Frank —dijo Mabel—. ¿Fue capaz Melissa de gastarse un millón de dólares, para comprar un medallón con el que pudiera asesinar a su esposo? ¿No pudo encontrar otro sistema más barato?

—El medallón le resultó lo más barato de todo, puesto que lo tenía a título de préstamo y no lo devolvió. Por eso se lo robaron en su casa... y entonces fue cuando se inició la cadena de crímenes que, por ahora, ha concluido con la muerte de Morris.

—Cuyo asesino no ha sido hallado aún.

—No.

Staynn apuró el café y encendió un cigarrillo. Durante unos segundos, permaneció inmóvil, contemplando las columnitas de humo que se desprendían del cigarrillo. Súbitamente, lanzó una exclamación.

—Pero ¡qué idiota soy! ¿Cómo no he sabido verlo antes?

Mabel le miró interesadamente.

—¿Qué sucede, Frank?

Staynn aplastó el cigarrillo en un cenicero y se puso en pie.

—Sucede que he sabido desde el primer momento quién fue el asesino de Morris, sólo que no he tenido la suficiente perspicacia para verlo con claridad —contestó—. Ya conoces el refrán: «Los árboles no dejan ver el bosque.»

Echó a andar hacia la puerta con paso vivo. Antes de salir, se volvió hacia la muchacha.

—Confío en que el medallón no haya causado otra víctima —añadió.

* * *

Haddo Sheehan estaba sentado en su sillón giratorio, con los pies sobre la mesa y el teléfono en su mano izquierda. En la derecha tenía algo que emitía reflejos deslumbradores al ser herido por la luz de la lámpara de sobremesa. Tras marcar el número deseado, hizo rodar el cigarro entre sus dientes y aguardó la contestación a su llamada.

Al fin oyó la voz deseada y dijo:

—Soy yo, Sheehan. He estado llamándole durante días enteros...

—Tuve que salir de viaje. Fue algo inaplazable... Pero, dígame, ¿ha conseguido algo?

—Oh, sí, claro. Por fin encontré el medallón. Me costó más trabajo del que me imaginaba.

—Le recompensaré adecuadamente, amigo Haddo —dijo el otro—. Tráigame el medallón inmediatamente...

—Un momento —cortó Sheehan—. He estudiado la joya con gran detenimiento. Incluso la he hecho examinar por un experto. Usted no me dijo nunca su verdadero valor.

—Y eso ¿qué tiene que ver ahora? Oiga, si yo le encargo buscar un palillo de dientes y pago sus honorarios, ¿qué diablos puede importarle a usted?

—En lo que se refiere al palillo, nada. En cuanto a la joya, la cosa varía bastante. Tendrá que darme cincuenta mil del ala si quiere recuperarla.

El medallón volvió a saltar en la palma de la mano de Sheehan, emitiendo fulgores deslumbrantes. El sujeto sonreía para sí, satisfecho de la decisión que había tomado.

Mientras, su interlocutor guardaba silencio. Sheehan se impacientó.

—¿No me dice nada? —preguntó—. Oiga, cincuenta mil dólares son una futesa para usted...

—Perdone, amigo —dijo el otro—. Estaba haciendo cálculos mentales. La verdad, ahora ando un poco corto de dinero.

—Entonces, no hay medallón.

—Espere, diablos. Hombre, déjeme hablar. Podemos solucionar este asunto. ¿Ha visto bien el medallón?

—Sí, claro. Precisamente lo tengo en la mano...

—Entonces, fíjese bien en la burbuja central, de oro puro. ¿La ve bien?

—Perfectamente. ¿Qué pasa?

—Es hueca y en su interior hay media docena de brillantes, de unos veinte kilates cada uno. Presione fuerte en el centro y la burbuja se abrirá, girando a un lado. Quédese los brillantes; valen doscientos mil... Pero yo quiero el medallón. ¿Está claro?

—Sí. Un momento, no cuelgue. Voy a ver si no se trata de un engaño. De lo contrario... —Presione fuerte, con el pulgar, en el centro, Haddo.

—Muy bien, ahora lo vamos a ver.

Sheehan quitó los pies de la mesa y puso el medallón frente a sí. Luego hizo presión con el pulgar en el lugar indicado.

Inmediatamente, lanzó una exclamación de dolor.

—¿Qué sucede? —preguntó el otro.

—Algo me ha pinchado —se quejó Sheehan.

—Ya lo sabía —contestó fríamente su interlocutor.

La puerta se abrió y Mabel clavó la vista en el recién llegado. Inmediatamente, presintió el fracaso.

—Nada —dijo.

Lentamente, Staynn se acercó al bar y se sirvió una copa.

—He llegado tarde —declaró.

Bebió un trago. Luego miró a la muchacha.

—Es el caso más frustrado de mi vida —agregó—. Siempre llego tarde a los sitios...

—¿Encontraste al asesino de Morris?

—Sí, pero estaba muerto.

—El medallón, claro.

Staynn asintió y volvió a beber. Mabel se acercó y le quitó la copa.

—No sigas por ese camino —dijo suavemente—. Mañana es el día y tienes que estar en plena forma.

Staynn trató de sonreír.

—Fui un tonto al no relacionar la presencia de Sheehan en aquel barrio con la muerte de Morris —explicó—. Pero ya no cabe duda de que fue mi colega el que mató a El Grajo. Encontré la pistola con silenciador.

—Y el medallón había desaparecido.

—Sí, aunque no comprendo cómo pudo permitir que el aguijón envenenado perforase su piel.

—Quizá ignoraba ese secreto tan maligno —apuntó Mabel.

—Es posible. Una cosa es segura: el medallón ha vuelto a su dueño... actual, no el legal.

—¿Quién es el dueño legal?

Staynn sonrió a la vez que acariciaba suavemente la mejilla de la joven.

—Todavía es un poco pronto para que lo sepas —contestó evasivamente—. ¿Cómo van tus entrenamientos con la cera de moldear?

Los ojos de Mabel chispearon.

—El último entrenamiento ha dado un tiempo de nueve segundos y siete décimas —contestó.

—Todo un récord, evidentemente. ¿Estás preparada? Mañana es el día, Mabel.

—Estoy preparada y no fallaré —aseguró ella con gran énfasis.

* * *

El impasible Antonio condujo el Cadillac hasta la puerta de la

mansión, en donde un elegante mayordomo se apresuró a abrir la portezuela.

Staynn, correctamente ataviado de etiquetarse apeó el primero y luego se volvió, para ofrecer su mano a su bella acompañante, Mabel aparecía deslumbradora.

La joven vestía un escotado traje largo, color rojo oscuro, que dejaba al descubierto su espalda. El contraste entre el vestido, la piel de marfil y el pelo negrísimo resultaba enormemente atractivo. Ella se había peinado con el cabello partido en dos por una raya central y recogido en la nuca por un gran moño, sujeto por una cinta adornada con diminutas piedras preciosas. En torno a su esbelto cuello portaba una gargantilla de perlas, y en la mano llevaba un pequeño bolso de fiesta, del mismo color que el traje, aunque adornado con hilos de plata. Era un atavío sencillo, pero espectacular, que atrajo de inmediato la atención de todos los invitados.

En la puerta del gran salón, un maestro de ceremonias anunció:

—¡Señorita Mabel van Rowens! ¡Señor Frank Staynn!

Decenas de pares de ojos se volvieron inmediatamente hacia los recién llegados. Mabel se ruborizó.

—Me están devorando con la mirada —musitó.

—El espectáculo merece la pena —contestó él de la misma forma.

—Pero yo no me llamo Van Rowens...

—En esta clase de fiestas, el apellido Jenkins resulta muy vulgar. Ah, mira, ya llega el anfitrión.

Penbrough se acercaba a la pareja a grandes zancadas. Tomó la mano de la muchacha y se inclinó galantemente para besarla.

—Señorita, el placer que me causa su estancia en mi humilde casa, sólo es comparable al que un día sentiré, si tengo la dicha de ir al paraíso, después de muerto. En la Tierra, no hay nada comparable a usted.

—Creo que exagera un poco, señor Penbrough —dijo Mabel—. Sólo soy una mujer de carne y hueso...

—Un ángel, que ha bajado a la Tierra, para el bien de los mortales. Sólo con verla a usted, uno se siente inmensamente feliz, se lo asegura un entendido en belleza.

Penbrough se volvió hacia el detective.

—Amigo Staynn, no intente impedirme que le quite a esta hechicera joven. Sería capaz de matar por ella —agregó con una jovial carcajada.

Staynn hizo un ligero ademán.

—El anfitrión siempre tiene ciertos derechos sobre sus invitados —contestó.

—Celebro su forma de pensar. —Penbrough volvió a reír y con la

mano izquierda, puso la de Mabel en su brazo derecho—. Venga y conocerá a unas cuantas personas, señorita... Oiga, ¿me permite que la llame Mabel?

—No sólo se lo permito, sino que me gusta que lo haga así —respondió ella.

Penbrough y la muchacha se alejaron. Un camarero se acercó a Staynn y le ofreció una bandeja. Staynn tomó una copa y se puso a pasear por todas partes, saludando aquí y allá a algunos conocidos, sin dejar de observar discretamente los movimientos de Penbrough, quien parecía dispuesto a no soltar a Mabel en ningún momento.

Era el cebo perfecto, se dijo, sonriendo para sí. Y, de pronto, se le acercó una dama pechugona, antigua conocida suya, y tuvo que atender sus insulsas chismorrerías. Ella le preguntó cuál era la sorpresa que les iba a dar el anfitrión, y Staynn contestó que no tenía la menor idea.

La fiesta alcanzó un elevado grado de animación, aunque sin rebasar ciertos límites. De pronto, Penbrough se situó en el centro del gran salón y alzó las manos, a la vez que emitía una gran voz:

—¡Amigos todos, atención, por favor!

Todos los invitados se volvieron hacia él. Mabel se encontraba a su derecha. Detrás de los dos, había unas cortinas, que cerraban la vista de lo que había al otro lado, tras una gran puerta de arco conopial.

—Amigos —continuó Penbrough, después de haber conseguido silencio—. Todos ustedes conocen mi inveterada costumbre. Cada año, el día en que cumplo... Ejem... mi edad no interesa a nadie más que a mí... Soy como las mujeres coquetas en este aspecto...

Sonaron algunas risitas. Penbrough sonrió, satisfecho, y prosiguió:

—Bien, decía que en mi anual fiesta de cumpleaños, siempre doy una sorpresa a mis amigos. Hoy no podía hacer nada distinto, porque no me gusta quebrantar mis costumbres. Pero, además, hoy cuento con la inapreciable ayuda de una hermosa joven, Mabel van Rowens, a quien solicito descorra estas cortinas que tenemos detrás de nosotros. Mabel, por favor.

Ella hizo un gracioso ademán. Retrocedió un par de pasos y tiró de los cordones.

Entonces, todos los invitados pudieron ver un caballete, en el que había un cuadro, con un enorme marco dorado. A ambos lados del caballete se veían dos guardas armados, impasibles como estatuas.

La luz de unos reflectores, hábilmente disimulados, caía de lleno sobre el cuadro, sin causar deslumbramientos perniciosos. Sonó un grito general de admiración.

Uno de los invitados dio varios pasos, se aproximó al cuadro, lo

examinó con gran atención y luego se volvió hacia Penbrough.

—Parece un Goya —dijo.

—«Es» un Goya —confirmó el anfitrión, estallante de placer.

Capítulo XI

EL mayordomo mantuvo abierta la portezuela del coche hasta que sus ocupantes se hubieron acomodado en el asiento posterior. Antonio lo hizo arrancar de inmediato. Staynn encendió un cigarrillo. A su lado, Mabel exclamó:

—¡Uf! Creí que no iba a terminar nunca esta fiesta, Frank.

—¿Satisfecha?

—Muchísimo. Jamás había disfrutado tanto... Siempre pensé que estas cosas sólo sucedían en las películas... ¿Sabes que he recibido dos proposiciones para hacer cine? El director de una gran revista me ha dado su tarjeta; quiere que pose para la portada del próximo mes. Dice que puede «lanzarme» y que me convertiré en la modelo más solicitada del país... No sé qué hacer; aconséjame, Frank.

—Puedes ganar mucho dinero, en efecto —respondió él—. Conozco al director de esa revista, en efecto, y sé que la chica que sale en la portada, se hace famosa de la noche a la mañana. Pero ésa es una decisión que deberás tomar por tu cuenta... después de que hayas terminado el trabajo que acordamos.

—Sí, lo pensaré —dijo Mabel. Tocó su bolso—. Frank, he tomado el molde de la llave.

—¿Te costó mucho?

Ella lanzó un hondo suspiro.

—¡Qué hombre! —exclamó—. Parecía un pulpo... Sólo tiene dos manos, pero hubo un momento en que pensé que eran cinco o seis hombres los que me «atacaban» a la vez. ¿Sabes si es propenso a la apoplejía? Una vez se puso que me pareció iba a estallar... Staynn se echó a reír.

—Quizá estalle de veras dentro de poco —dijo—. ¿Ha sospechado algo, Mabel?

—Ni lo más mínimo. Incluso le provoqué después, a cuenta de la llave, diciéndole que debía de ser la de algún tesoro fantástico, y lanzó una gran carcajada. Me contestó que servía para guardar algunas cosas de mucho valor y que si quería verlas no tenía más que decírselo... otro día y a solas.

—Y has accedido.

—Dije que lo pensaría. Él dijo que entonces me enseñaría para qué sirve la llave en realidad. Le contesté que me gustaría, pero dijo

que mañana sale de viaje y estará fuera tres o cuatro días. Me llamará a la vuelta, Frank.

—Muy bien, Mabel. Entonces, estás segura de que no se dio cuenta de nada.

Ella soltó una risita burlona.

—Si hubiese querido, ahora tendría la llave en mi poder —respondió significativamente. —Hubiera sido una terrible imprudencia. Por eso te pedí que tomaras el molde, ¿comprendes?

—Sí, Frank. ¿Cuándo... daremos el golpe?

Staynn meditó unos instantes. Al fin, dijo:

—Mañana por la noche tendré la llave, es decir, dentro de veinticuatro horas. Aprovecharemos la ausencia de Penbrough y atacaremos pasado mañana, después de la medianoche. En realidad, será ya al tercer día, contando desde este momento.

Ella le miró profundamente.

—¿Crees que conseguirás lo que deseas, Frank? —inquirió.

—Estoy seguro de ello, Mabel —respondió el joven, con acento lleno de calma.

* * *

El coche, un pequeño Volkswagen de color rojo oscuro, se detuvo a poca distancia de la mansión, que aparecía completamente en sombras. Staynn se apeó en el acto y, sacando del asiento posterior una mochila, se la puso a la espalda.

Mabel se apeó al otro lado, vestida con una malla negra de los pies a la cabeza. Sin esperar instrucciones, levantó la capucha y se cubrió, de modo que sólo el óvalo de su rostro quedaba al descubierto. Acto seguido, se puso unos guantes de fina piel negra.

Staynn se acercó a la muchacha con una caja de betún en las manos y le pintó el rostro de negro. Se limpió con un trapo y se calzó también unos guantes negros. Luego agarró la mano de Mabel.

—Vamos —susurró.

Corrieron en silencio, convertidos en dos sombras fantasmales, hasta llegar al pie de la tapia, que circundaba el jardín. Staynn descolgó de su cinturón un tubo de metal, que resultó ser una escalera plegable, telescópica, por medio de la cual se izó hasta la barda. Una vez allí, realizó una rápida y silenciosa operación.

Al terminar se volvió hacia Mabel, que aguardaba abajo.

—Ya puedes subir —dijo.

Ella trepó rápidamente.

—¿No habrá alguna alarma? —preguntó, aprensiva.

—Ya está desconectada —respondió él, mientras tiraba de la

escalera hacia arriba.

Momentos después se encontraban en el jardín. Mabel, pegada al joven, caminó a través de la oscuridad, hasta que llegaron al pie de una ventana, en la que Staynn manipuló durante algunos minutos.

—Segunda alarma, fuera —anunció él.

—Esta casa es una fortaleza —se asombró Mabel.

—Lo era —dijo Staynn, riendo sin estrépito.

Por medio de un diamante, cortó el cristal, lo que le permitió meter una mano y soltar la falleba. Se izó a pulso hasta el antepecho y tendió las manos para ayudar a la muchacha a pasar al interior de la mansión.

El silencio era absoluto. Staynn sacó una linterna, provista de un fleje circular, que le permitió sujetarla a su frente. Luego asió la mano de Mabel y empezó a caminar sin hacer el menor ruido.

Momentos después, se encontraban en el amplio vestíbulo de la casa. El joven se encaminó hacia la escalera, pero, en lugar de iniciar el ascenso al piso superior, se desvió un poco, hasta situarse en la pared que quedaba bajo los peldaños.

Allí había un cuadro de escaso valor, que representaba un bodegón. Staynn lo hizo girar milímetro a milímetro. Una puertecita metálica quedó al descubierto.

—Bien —susurró—, vamos a ver si el molde que tomaste dio el resultado apetecido.

—¿Qué pasará si la llave no ajusta?

—Se organizará un escándalo de mil demonios —respondió él escuetamente.

Con grandes precauciones, introdujo la llave, de doble tija, en la cerradura. Luego, muy despacio, dio la vuelta a la derecha y empezó a contar:

—Una, dos, tres derecha... Ahora, dos vueltas a la izquierda... Una más a la derecha y tres a la izquierda...

—Me pregunto cuánto te habrá costado llegar a saber este truco —dijo Mabel pensativamente.

—Casi dos años —contestó Staynn. Inspiró con fuerza—. Bueno, ahora viene la prueba final.

Puso la llave horizontalmente y tiró hacia sí. La puertecita giró, dejando a la vista un sencillo interruptor.

—El truco está en la puerta, que acciona la alarma, cuando se manipulada indebidamente —explicó Staynn—. Como ves, es muy gruesa y dentro están la mayor parte de los mecanismos de alarma.

—¿Y el resto?

—Ahora lo verás.

Staynn asió el interruptor y lo hizo descender. Sin soltarlo, movió

la mano hacia la derecha. Entonces, una puerta secreta se abrió en el muro.

Mabel contuvo una exclamación de asombro. Staynn sonrió satisfecho.

—Ya no hay más alarmas —anunció.

Agarró el brazo de la muchacha y la empujó suavemente hacia la escalera que empezaba en el umbral. A la izquierda había un interruptor, que movió con la mano. Un torrente de luz brotó al mismo tiempo de una veintena de lámparas, situadas en lugares estratégicos y hábilmente disimuladas en los muros.

Descendieron paso a paso, hasta llegar a un vasto sótano. Mabel vio lo que había allí y sintió vértigo.

—¡Dios mío! ¡Esto parece la cueva de Alí-Babá... y mis cuarenta colegas!

Staynn no pudo evitar una carcajada al oír el pintoresco comentario de la muchacha. —Sí, realmente, es la cueva del tesoro —convino, a la vez que movía la mano ampliamente—. Y todo lo que ves aquí es robarlo —añadió.

Fascinada, Mabel contempló la enorme cantidad de cuadros y objetos de arte que había en aquella estancia. Encima de una mesa, divisó una valiosa arqueta de plata maciza, artísticamente labrada. Levantó la tapa y creyó que se iba a desmayar.

—Frank..., esto parece... el tesoro de un pirata —dijo desmayadamente.

—En realidad, Penbrough es un pirata —convino él, a la vez que se descolgaba la mochila de la espalda—. Y, cómo te dije antes, me ha costado dos años llegar hasta la cueva del tesoro.

Súbitamente, Mabel vio algo que llamó su atención.

—Frank, mira, el medallón —exclamó.

Al mismo tiempo, alargaba la mano hacia la joya. Staynn saltó hacia ella.

—¡Por lo que más quieras, no lo toques! —gritó descompuestamente—. ¿Tienes ganas de morir joven?

Mabel, asustada, retrocedió un paso. Staynn le dio una palmadita en los hombros.

—Dispensa, pero no he podido contenerme. Aguarda y verás.

Sacó unos alicates y los puso ligeramente abiertos sobre el abombamiento central del medallón.

—Pasa al otro lado —ordenó.

Mabel contorneó la mesa. Entonces, Staynn hizo presión con los alicates.

Se oyó un leve chasquido. Una aguja surgió rápidamente, asomando cosa de un centímetro fuera de la burbuja de oro. Staynn

retiró los alicates y la aguja desapareció de nuevo.

Miró a la muchacha. Ella tenía la cara completamente blanca.

—Eso... es lo que mata a la gente... —balbució.

—Sí. Al hacer presión, la aguja, impregnada de veneno, surge con violencia y atraviesa la piel unos pocos milímetros. Es suficiente, sin embargo, ya que, a cada pinchazo, se introduce en el organismo una pequeñísima dosis del veneno mortífero, debido a que la aguja es hueca y está conectada a un diminuto depósito oculto en el interior del medallón.

—Esa joya asesina ha matado ya a cinco personas —se estremeció Mabel.

—Vamos a evitar que siga causando más víctimas —dijo Staynn.

De la bolsita de herramientas que pendía de su cinturón, sacó un destornillador, que empuñó con la mano izquierda. Hizo presión en la burbuja de oro y, al asomar la aguja, la aprisionó velozmente con los alicates. Acto seguido, dio un enérgico tirón y la aguja quedó suelta del resto del mecanismo.

Luego, con gran cuidado, la envolvió en un pañuelo, que guardó con las herramientas. Al terminar, empezó a soltar las hebillas que aseguraban la tapa de la mochila.

—¿Qué piensas llevarte de aquí, Frank? —preguntó ella.

—Nada, encanto.

Mabel respingó.

—Frank, no me digas que, después de todos los trabajos que te has tomado, vamos a salir de aquí con las manos vacías —se sorprendió la muchacha.

—Pues así será, aunque te parezca extraño. Bueno, algo sí nos llevamos: la aguja asesina. Pero no tocaremos una sola partícula de oro, ¿me has entendido?

Mabel lanzó un hondo suspiro.

—No acabo de entenderte, pero creo que sabes lo que te haces —manifestó—, ¡Qué lástima! Ver todos estos tesoros y no poder guardarme una sola perla... Eso es como si al sediento le negasen un sorbo de agua, Frank.

Staynn rió suavemente.

—Mabel, el otro día, en la fiesta, llevabas unas joyas —recordó.

—Sí, pero son tuyas...

—Te equivocas. Ahora te pertenecen.

—Frank, no puedo aceptar...

—Por favor, déjame trabajar. Luego discutiremos este asunto, ¿eh?

Enormemente asombrada, Mabel vio que Staynn sacaba de la mochila una cámara fotográfica, provista de su correspondiente

lámpara para iluminación. Staynn ajustó el objetivo y el *flash* empezó a lanzar destellos.

Mabel comprendió en parte las intenciones del joven. Staynn fotografiaba absolutamente todo cuanto había en el sótano: cuadros, estatuas, objetos de arte, joyas... Terminó un carrete, lo sacó, puso otro y continuó impresionando placas.

Media hora más tarde, dio su labor por concluida. Ni la más mínima pieza había quedado sin ser registrada en las películas.

—¿Y ahora, Frank? —quiso saber ella.

—Ahora sólo falta dar el golpe final, encanto.

—¿Cómo lo harás? Es decir, si puedo saberlo...

—Tengo una idea, pero debo madurarla, a fin de evitar fallos. — Staynn se volvió hacia la muchacha—. Puede que tú también tengas parte en ese aspecto del trabajo.

—¿Cómo, Frank?

—No puedo responderte aún; repito que debo concretar todos los puntos, a fin de evitar el menor fallo. Y creo que ya es hora de que nos larguemos de aquí.

Guardó todo en la mochila, se la colgó de nuevo a la espalda y empujó a la muchacha hacia la escalera. Para salir, realizaron las mismas operaciones, en sentido rigurosamente inverso. Sin el menor tropiezo, salvaron la tapia y se encontraron en el exterior. Momentos después, Staynn hacía arrancar el Volkswagen. Entonces, lanzó una exclamación;

—¡Mabel, creo que ya lo he encontrado!

—¿Qué, Frank?

—Preciosa, tienes un don natural, que no se relaciona en absoluto con tu belleza. Me refiero a tu inteligencia... y toda persona inteligente suele tener buena memoria.

—Eso es cierto, aunque no entiendo bien...

Staynn lanzó una alegre carcajada.

—Lo entenderás muy pronto —contestó. Hizo una pausa y preguntó—: Mabel, hace tres meses, ¿te imaginabas las cosas que te iban a pasar?

Ella se reclinó en el asiento y suspiró.

—Si entonces me lo hubieran dicho, habría llamado loco al que se hubiese atrevido a vaticinar tan sólo la décima parte de lo que he hecho —respondió.

—No ha sido un sueño, me parece.

—No, aunque quizá algún día yo llegue a pensar que sí fue un sueño —dijo Mabel melancólicamente.

Capítulo XII

ESTABAN sentados frente al teléfono, con los semblantes muy serios. Encima de la mesa había una grabadora, que había estado en funcionamiento hasta hacía muy poco.

Staynn rompió el silencio.

—¿Dispuesta?

Ella asintió.

—Sí, Frank.

—No falles. El conoce muy bien la voz.

—Lo sé. Me he pasado cuarenta y ocho horas, escuchando esa grabación. Puedo reproducir el menor de los matices...

—Pero ahora tendrás que emplear otras palabras.

—No te fallaré —aseguró la muchacha.

Staynn sonrió y movió la mano.

—Entonces, adelante.

Con pulso firme, Mabel levantó el teléfono y marcó un número. Al cabo de unos momentos y empleando el tono de voz aprendido previamente, exclamó:

—¿Harlan? ¡Soy Melissa! Por favor, ven pronto... Sí, es muy urgente. Tienes que ayudarme... Oh, no sé cómo decírtelo... Toda la cabeza me da vueltas... ¡Harlan! ¡Acabo de asesinar a Staynn!

Mabel escuchó un rugido de cólera, seguido de una indescriptible blasfemia. Luego continuó:

—¡Tienes que ayudarme, Harlan! Si no lo haces, llamaré a la policía y lo contaré todo... Puedo rasgarme las ropas, decir que Staynn intentó abusar de mí... La condena será mucho menor, pero tratarán de averiguar qué hacía yo en su casa... Soy débil y sé que no podré resistirlo... ¿Vendrás? ¿Sí? Gracias, sabía que no me abandonarías... Por favor date prisa...

Staynn alargó la mano y cortó la comunicación. Mabel respiró largamente.

—La trampa está tendida —dijo.

—Y la presa caerá muy pronto en ella —sonrió él.

—Frank, dime, ¿cómo has conseguido la grabación con la voz de Melissa Vaughan?

Staynn le guiñó un ojo.

—Secreto profesional —respondió.

—Eres un... verdadero demonio —suspiró ella—. Dime, ¿qué piensas sacar de todo este asunto?

—Pues... a decir verdad, algo así como medio millón de dólares.

—¡Jesús! —Mabel se santiguó rápidamente—. No puedo creerlo...

—Me quedará la mitad, aproximadamente. He tenido muchos gastos, tendré que dar recompensas, gratificaciones... Ganaré, en limpio, doscientos cincuenta mil. —Staynn encendió un cigarrillo—. Y prestigio para futuros trabajos, que también vale lo suyo. —Piensas seguir en la profesión, supongo.

—No tendría sentido cambiar de oficio, cuando éste es tan productivo —sonrió él.

—Es cierto, Mucho más productivo que el mío —convino Mabel pensativamente.

—Ya no necesitarás birlar carteras en el Metro. Pronto encontrarás otra clase de trabajo mucho menos arriesgado y mejor remunerado.

Mabel se levantó súbitamente.

—Sí, lo encontraré —dijo. Y se marchó con paso precipitado, dejando solo a Staynn.

Solo y perplejo, aunque no tardó en adivinar los motivos de la insólita actitud de la muchacha. Y ello le hizo sonreír de satisfacción.

* * *

Sonó el timbre de la puerta. Staynn abrió y quedó al otro lado. Penbrough entró como un huracán, dirigiéndose rectamente hacia el interior del apartamento, que atravesó velozmente. Llegó a la amplia terraza que daba a la Quinta Avenida y desde la que se podía divisar el Parque Central, miró a derecha e izquierda y se volvió furioso y desconcertado.

—¡Melissa! Por todos los diablos, ¿dónde te has metido? —clamó irritadamente.

Staynn apareció de pronto ante sus ojos.

—La señora Vaughan no está en mi casa ni yo he sido asesinado —dijo plácidamente. Hizo un ademán y Mabel se hizo visible—. Esta preciosa muchacha ha imitado la voz de su amante y Cómplice, para atraerle aquí, a fin de sostener una conversación que, estimo, resultará muy interesante.

Los ojos de Penbrough brillaron como carbones encendidos.

—Staynn, ¿qué se propone? —inquirió.

El joven señaló una mesa, sobre la que se divisaba un gran libro.

—En ese álbum están las fotografías de cuantas obras de arte hay en su sótano secreto y que usted ha ido reuniendo, bien por robos,

bien por sobornos a guardianes de museos, bien por compras ilegales. El valor total de lo que hay en aquel sótano supera los diez millones de dólares y, por su recuperación, las distintas compañías de seguros han ofrecido sustanciosas recompensas.

»Todas y cada una de las compañías de seguros han recibido una colección completa de esas fotografías. Naturalmente, la policía ha recibido también su correspondiente colección, incluyendo el medallón supuestamente de los Borgia y cuyo mecanismo reactivó usted, cuando una hermosa dama, cansada de un marido no viejo, pero sí cargante y tacaño, decidió enviudar y pidió ayuda a su amante, es decir, a usted.

»Al conocer los deseos de Melissa, usted recordó la historia del medallón y reparó el mecanismo, en el que introdujo cierta cantidad de veneno. Pero, inexperto al fin y al cabo, puso más veneno del necesario, lo que hizo que muriesen cinco personas, como consecuencia de los pinchazos que recibían inadvertidamente.

»Hubo un tal Edgar Ambrose —continuó Staynn sin perder la flema—, que se enteró de la existencia del medallón y quiso adquirirlo. Melissa no le era a usted absolutamente fiel. De cuando en cuando, cambiaba de amante, siquiera fuese de una forma accidental. Así se enteró Ambrose de que ella poseía el medallón, que se había negado a devolverle, y contrató a un ladrón profesional para que se lo robase, a fin de no perder en el futuro el disfrute de los encantos de la voluble dama. Ahí es donde empezó la cadena de acontecimientos, ya que Melisa, encaprichada del medallón, me confió su recuperación.

Usted sabía que lo tenía, pero no le corría prisa recuperarlo; sabía que podía conseguirlo en cualquier momento, aunque falló en este aspecto, ya que el hombre contratado por Ambrose se le anticipó.

»Ese medallón ha sido un asesino viajero, pero su nomadeo ha terminado ya, porque alguien lo devolverá al museo del cual fue robado. En fin, Melissa hablará lo suyo, porque es muy débil y se derrumbará apenas le hagan la primera pregunta. Imagínese el resto.

Penbrough respiraba apenas. Su rostro aterró a Mabel.

—En estos momentos —añadió Staynn—, la policía, mediante el oportuno mandamiento judicial, está registrando su casa. No importa que suene la alarma; ellos actúan legalmente.

—Mi alarma es infalible —dijo Penbrough—. En la casa duermen varias personas. ¿Cómo no se enteraron de su incursión?

—Explícaselo, Mabel —indicó el joven.

—Cuando usted me acosaba, yo tomé un molde en cera de la llave de la alarma —dijo Mabel.

Penbrough meneó la cabeza.

—Nunca pude imaginarme que una muchacha tan atractiva...

De súbito, sacó un revólver. Mabel lanzó un pequeño grito.

Staynn miró tranquilamente el arma.

—Penbrough, usted había encargado a un colega mío la recuperación del medallón —dijo—. ¿Cómo es posible que Sheehan no conociera el secreto del agujón envenenado?

—Cuando me enteré de la primera muerte, supuse lo que había sucedido —explicó Penbrough—. Entonces contraté a Sheehan, sin decírselo a esa zorra de Melissa. Pero casi en el acto sospeché de Sheehan y preferí callar, porque me imaginaba que trataría de engañarme, como así sucedió. Me llamó por teléfono, dijo que tenía el medallón... pedía cincuenta mil dólares y yo le dije que en la burbuja había varios diamantes. Le indiqué que presionase con el pulgar y...

—Y él mismo se mató.

—Exacto. Ahora, para terminar el caso, les mataré a los dos...

—No le servirá de nada, Penbrough. La conversación ha sido grabada. Suelo hacerlo siempre, al menos, en casos interesantes —dijo Staynn, impasible—. De este modo, la señorita Jenkins y no Van Rowens, pudo escuchar la voz de Melissa e imitarla lo suficiente para engañarle a usted. Pero eso no es todo. ¿Acaso plisaba hallarme desprevenido?

El timbre de la puerta sonó en aquel momento. Trémulo de rabia, Penbrough vio a Antonio que cruzaba la sala para abrir. Unos segundos después, se oyó la voz de un extraño.

—Soy el teniente Miller, de Homicidios. Tenemos noticias de que se encuentra aquí el asesino de Haddo Sheehan.

—¡Es cierto, teniente! —gritó Staynn—. ¡Aquí está el hombre a quien buscan!

Penbrough lanzó un rugido de rabia. Viéndose perdido, giró sobre sus talones y echó a correr.

—¿Adónde va, loco? —exclamó el joven.

Penbrough saltó sobre el antepecho de la terraza, con la evidente intención de pasar a la contigua y escapar así a la acción de la justicia. Pero el pretil estaba húmedo a causa de la ligera neblina del atardecer y, por otra parte, había tomado demasiado impulso.

El asesino vaciló. Braceó, soltando el arma, que cayó a la terraza. Durante un segundo interminable, se movió a un lado y otro, oscilando como un beodo. Luego la fuerza de la gravedad le venció y saltó al vacío, hacia la calle situada veinte pisos más abajo.

Staynn se había asomado instintivamente, tras intentar en vano sujetar a Penbrough. El asesino cayó de espaldas, con los brazos y las piernas completamente extendidos y la boca abierta en una trágica mueca, de la que brotaba un horrendo alarido que se alejaba rapidísimamente. A Staynn, sin embargo, le pareció una última

carcajada de burla, la risa demencial de un hombre que salía al encuentro de su inexorable destino.

Abajo, en la calle, se oyó también el grito y muchas cabezas se levantaron a lo alto. El alarido colectivo de los espectadores no fue suficiente para apagar el horrendo sonido del impacto de Penbrough contra la acera.

* * *

Ataviada con el mismo sombrerito y el mismo vestido que llevaba el primer día de su llegada, al apartamento, Mabel se dispuso a salir. Una mano se apoderó de su vieja maleta de fibra.

—¿Adónde vas? —preguntó Staynn.

Ella se volvió, para mirarle largamente.

—He terminado ya aquí, me parece —contestó.

—¿Tienes algún empleo?

—Hablé ayer con el director de esa famosa revista. Quiere que vaya a verle. Me ofrece buenas perspectivas.

—Ese sujeto te ofrecerá primero una cama. Luego te pondrá en la portada o, casi seguro, se olvidará de ti.

—Frank, como quiera que sea, ya no me necesitas. Pygmalión y Frankenstein han terminado su obra conmigo.

—Eres inexacta —sonrió el joven—. En primer lugar, la comparación con Frankenstein es completamente inadecuada. Frankenstein creó un monstruo al que luego no pudo gobernar. Me parece que tú no tienes nada de monstruo.

—Bueno, era sólo una «metáfora»...

—Metáfora, pero, repito, inadecuada.

—La de Pygmalión no sirve —dijo ella, picada—. Has estado un montón de días sin decirme apenas nada, sin mencionar una sola palabra de lo que debía hacer...

—Lo siento, nena, pero he tenido un trabajo inmenso. Inventariar lo que había en la cueva del tesoro de Penbrough, pelearme con las compañías de seguros, redactar los informes, cobrar las recompensas, pagar a los colaboradores... y todo ello, sin mencionar las declaraciones a la policía. Mi oficio, para muchos, es algo bonito y agradable, pero tiene una parte oscura y rutinaria, que resulta muy fatigosa.

—También productiva, me parece.

—No puedo negarlo, Mabel.

—Yo no te pido ninguna recompensa. Con lo que he hecho, tengo más que suficiente. He vivido aquí tres meses, tratada como una reina... El futuro no me asusta; sabré arreglármelas yo sola, sin

necesidad de pasar por la cama del director de la revista. Anda, dame la maleta...

—Aguarda, mujer. Antes has mencionado a Pygmalión.

—Sí, claro, pero en la obra de teatro, el profesor se casa con la discípula. Y éste no es mi caso.

—Debieras mencionar la mitología griega, querida. Pygmalión era el rey de Chipre, que labró una estatua de mujer, tan perfecta, que se enamoró de ella y consiguió que Afrodita le infundiese vida. Pygmalión, enamorado de la estatua, a la que había denominado Galatea, se casó con ella...

—Frank, es sólo mitología —protestó Mabel.

Staynn sonrió.

—En cierto modo, he sido tu escultor, aunque ayudado por otras personas —dijo—. Pero me pasa lo mismo que a Pygmalión.

—Frank, no te burles de mí...

—Hablo muy en serio, Mabel. Estoy locamente enamorado de ti. ¿Quieres casarte conmigo?

Los ojos de la joven se humedecieron.

—¿Es..., es una broma?

—Nunca suelo considerar broma una petición de matrimonio, sobre todo, cuando es la primera —dijo él, a la vez que la abrazaba—. Bien, ¿qué me contestas, Mabel?

Ella le dio la respuesta que Staynn mejor podía desear: sus labios. Al cabo de un rato, Mabel se separó un poco, para, enseguida, apoyar la cabeza en el pecho varonil.

—Frank.

—¿Sí, cariño?

—No sé qué pensarás tú sobre la boda, pero a mí me gustaría una «ceromonia» discretita, sencilla, sin mucha gente...

Staynn alzó los ojos cielo.

—La boda se hará como tú desees —contestó—. Nada de «ceromonias» aparatosas... Y no te preocupes; tengo toda la vida para seguir haciendo de Pygmalión contigo —concluyó.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**